

B-10-116(17)

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA RUINA DEL HOGAR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL

DE D. ENRIQUETA LAZANO DE VILCHEZ.

GRANADA.

IMP. Y SOB. DE D. F. PAVAS Y HERNAIZO,

Plaza del Carmen, 10.

1878.

EL LIBRERO

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Los Comis. orados de las GALERÍAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS de los *Sres. Gullón é Hidalgo*, son los exclusivamente encargados del control de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

R 24771

LA RUINA DEL HOGAR.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE D.^A ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.



Biblioteca Universitaria	
GRANADA	
	13
	10
	115

(17)

GRANADA.

IMP. Y LIB. DE D. F. REYES Y HERMANO,
Plaza del Cármen, 13.
1873.

REPARTO.

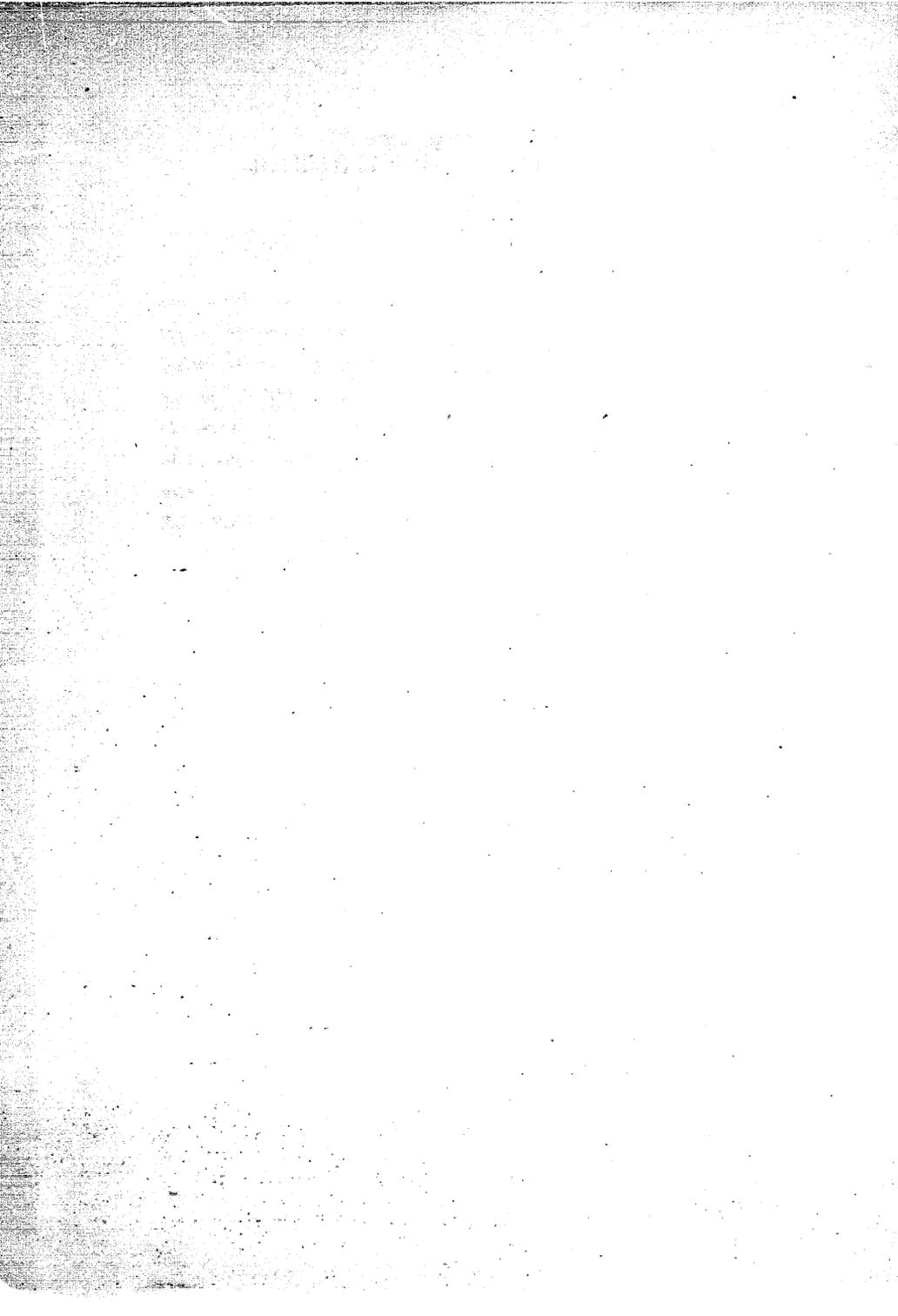
PERSONAJES.	ACTORES.
D. ^a ISABEL, (ciega).....	<i>Sra. Ramos.</i>
ADELA.....	» <i>Villamil.</i>
MARÍA.....	» <i>Losada.</i>
MARIANA.....	» <i>Lamaña.</i>
D. FERNANDO.....	<i>Sr. Montijano.</i>
CÁRLOS.....	» <i>Jáuregui.</i>
MIGUEL.....	» <i>Valentín.</i>
SR. DE LARA.....	» <i>Galza.</i>
D. PEDRO.....	» <i>Castro.</i>
LUIS.....	» <i>García.</i>
ANDRÉS.....	» <i>Daniel.</i>

La accion en Madrid, 1869.

Al Liceo de Granada.

LIAS producciones primeras de mi humilde pluma, las primeras creaciones de mi escasisima inteligencia, resonaron en ese templo del arte, donde á pesar de su total falta de mérito, fueron siempre acogidas con tal indulgencia y tanta bondad, que me sirvieron de estímulo para dar algunos pasos en la carrera de las letras. Por eso hoy, aunque abrigo la convicción de que nada vale esta pobre obra, quiero darla algun valor haciendo de ella una prenda de gratitud, y ofreciéndota como tal al LICEO DE GRANADA.

La Autora.



ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada. Puerta de entrada al foro: á la derecha del actor una que corresponda al cuarto de Carlos: á la izquierda otra que comunica con el interior de la casa: mesa con libros: otra con papeles y lapiceros.

ESCENA I.

D. FERNANDO, D.^a ISABEL, MIGUEL y ADELA.

El primero lee, sentado junto á una de las mesas. mientras la segunda, á su lado, hace cakaeta, sin fijar los ojos en ella. Miguel, al otro extremo, sentado tambien, figura ocuparse en algunos dibujos, en tanto que Adela borda junto á él.

MIGUEL. Muy bien; así está mejor.
de este pájaro endiablado
es todo el cuello encarnado,
y azul y blanca es la flor.

ADELA. Á ver si otra vez....

MIGUEL. No á fé,
mas culpa es tuya.

ADELA. ¡No digo!

MIGUEL. Estaba hablando contigo
y los colores cambié.

ADELA. ¡Toma! y ¿quién te manda hablar?

MIGUEL. Pues aunque me cause enojos
ahora no he de alzar los ojos
ni una vez, hasta acabar:
poco queda á este país
y por hoy, con él concluyo.

ADELA. ¡Qué feliz destino el tuyo!

MIGUEL. ¡Adela!

ADELA. Sí, muy feliz!

MIGUEL. ¿Así lo piensas?

ADELA. Pues no?
aunque trabajas sin tasa
tú puedes salir de casa,
ver el mundo, mientras yo,
¡siempre sola, siempre aquí!
esto aburre y desconsuela:
sin que nadie....

MIGUEL. Pero, Adela,
¿nadie somos para tí?

ADELA. ¿Quién dice tal?

MIGUEL. Pues no sé....

ADELA. Sin goces, sin alegría,
afanada todo el día,
y luego al fin, ¡para qué!

MIGUEL. No digas eso por Dios;
y si una respuesta quieres,
(Señalando á D. Isabel y á D. Fernando)
mira aquellos pobres seres,
¡son tan ancianos los dos!
por ellos sin duda, aquí
es tu afán y tu cuidado;
si la existencia te han dado
es justo que en cambio....

ADELA. Sí:
pero yo....

MIGUEL. Por esta vez
que te equivocas repara.
¡Dichoso el hijo que ampara
de sus padres la vejez!
sí, ¡dichoso y con razón
el que en su frente serena,
siente, de una madre buena,
resbalar la bendición!

ADELA. Bien, bien: mas á mi pesar
yo me avengo con t. abajo
á esta vida.

MIGUEL. Habla más bajo
que nos pueden escuchar.

(Se levanta, va á apoyarse en el respaldo de la silla
de Adela y sigue hablando en voz baja).

D. FERN. Este libro dice bien,

es la esperanza flor pura
que calma nuestra amargura
y refresca nuestra sien;
es árbol de bendición
cuya sombra apetecida,
de las penas de la vida
da reposo al corazón.

D.^a ISAB. ¡Oh! tú sin duda hablarás
de la que nos brinda el cielo,
pues hay seres que consuelo
no esperan hallar jamás.

D. FERN. Siempre la calma va en pos
del dolor y la agonía,
y quien de ello desconfía
ofende, Isabel, á Dios.

D.^a ISAB. Comprendo la rectitud
de sus juicios, sé acátarlos;
mas ¡cuándo obtendrá mi Cárlos
la apetecida salud!

D. FERN. ¿Dudas de ello?

D.^a ISAB. ¡No lo sé!

Lo deseo de tal modo,
que pienso, á pesar de todo,
que no lo conseguiré.
Tiemblo por él, y sin calma
sufro, si sufrir le miro,
y un ¡ay! tan solo, un suspiro
que exhale, me parte el alma.
Y luego, jese eterno afán
á que se halla consagrado:
¡ante un bufete sentado
horas vienen y horas van!
Cada vez que en mi aflicción
contemplo su anhelo ardiente,
queda una arruga en mi frente
y un sello en mi corazón;
que adoro á mis hijos tanto,
y es tal el cariño mío,
que gozo, y por ellos río,
que lloro, y suyo es mi llanto.

D. FERN. También tus penas comprendo,
también....

D.^a ISAB. ¡Pero no cual yo!

D. FERN. Pues qué, ¿no es lo mismo?

D.ª ISAB. No,
que á tu aserto respondiendo
te diré, aunque no te cuadre,
mi ternura comparando,
que si eres padre, Fernando,
yo soy mucho más, ¡soy madre!
y es el maternal amor
tan grande, tan sin segundo,
que no hay otro en este mundo
ni más puro, ni mayor.
Dios mismo, fuente de luz,
de mil diferentes modos
le engrandeció sobre todos
al pié de la santa cruz;
pues cuando á probar bajó
nuestra existencia angustiosa,
no buscó padre, ni esposa,
solo una madre buscó.

MIGUEL. (Á Adela.) No.

ADELA. Sí.

MIGUEL. ¡Pero hay tal porfía!
razon en ello no tienes.

ADELA. Y tú una opinion sostienes
que....

D.ª ISAB. ¿Reñís?

ADELA. No, madre mia,
pero es que siempre Miguel
se complace en enfadarme.

MIGUEL. Como que intenta probarme
que....

D.ª ISAB. (Con dulzura) ¡Vamos!

ADELA. La culpa es de él.

MIGUEL. No; y....

D. FERN. Á comprender no llego....

MIGUEL. Le diré punto por punto,
y ustedes en este asunto
serán jueces....

ADELA. No; te ruego....

D. FERN. En suma?...

MIGUEL. Decia Adela
que el bien más dulce y cumplido
consiste....

- D. FERN. En qué?
MIGUEL. En un vestido
ó algunas varas de tela;
que no halla la dicha en torno,
ni á ser feliz se acomoda.
quien no está de última moda
en trajes, diges y adorno.
D. FERN. ¿Eso piensas?
D.ª ISAB. ¡Qué locura!
MIGUEL. Yo, del alma con la ciencia,
sostuve, que en la apariencia
no se cifra la ventura.
D. FERN. Pero ¿es posible?
ADELA. Yo dije....
(Aparte á Miguel.) (por tí me riñen, y luego...)
D. FERN. Calla, calla; te lo ruego,
porque el oírte me affige.
D.ª ISAB. Pero hija....
D. FERN. Y á la verdad
que tu afán me maravilla.
ADELA. Pues es cosa muy sencilla:
yo, padre mio, á mi edad,
no....
D. FERN. Si antes que aficionadas
al fausto y al brillo fueran,
las jóvenes aprendieran
á ser modestas y honradas;
si en vez de marchar cual van
arrastrando á cada paso,
convertido en seda y raso
de sus padres el afán,
con rectas ideas fijas
hácia el bien se encaminaran,
y así tan solo estudiaran
á ser siempre humildes hijas;
y si al sentir el amor
de esposas, sin torpe dolo
llevaran por gala solo
la modestia y el candor;
tuvieran en sus hogares
horas de paz más serenas,
sabiendo ser madres buenas
y mujeres ejemplares:

habiendo doquier quizás
con seres, al lujo ajenos,
algunas lágrimas menos,
algunas virtudes más.

MIGUEL. ¡Qué severidad!

ADELA. ¿Lo ves?
por tu culpa.

MIGUEL. No quisiera...

D. FERN. No, no es mi opinion severa,
recta y justa solo es,
pues al expresarla, yo
no juzgo en manera alguna
á aquellas á quien fortuna
y riqueza el cielo dió.
Vista la dama cual dama,
mas la que es pobre, no quiera
salir jamás de su esfera
en desdoro de su fama,
que es la mujer una flor
de cándida y pura esencia,
que perfuma la existencia
con su virtud y su amor:
y allá de la sociedad
entre la borrasca inquieta,
solo á la humilde violeta
respeto la tempestad.

ADELA. ¡Padre!

D.^a ISAB. (á D. Fernando) Desde hoy más, sumisa...

ADELA. (aparte á Miguel) En que me riñan te afañas,
lo menos en dos semanas
no has de verme la sonrisa.

D. FERN. No hablemos de esto. Miguel,
¿el periódico trajiste?

MIGUEL. Sí señor.

D. FERN. Y no leiste
ninguna noticia en él?

MIGUEL. No miré...

D. FERN. Por él espero,
como tú anhelas tambien,
llegar á saber á quién
pertenece ese dinero
que te hallaste el otro día.

MIGUEL. Tres billetes de mil reales.

Ya van dos meses cabales
sin encontrar.... y á fé mia
que á todos he preguntado,
pues tengo en verdad empeño
en volverlos á su dueño
y salir de ese cuidado.

D.^a ISAB. ¡Oh! ya lo créo: hijo mio,
una pérdida pudiera....

MIGUEL. No, madre, que en mi cartera
los llevo siempre, y confío...

D. FERN. Á ver....

(Toma un periódico y busca la plana de anuncios.)

D.^a ISAB. (á Miguel) ¡Fuera tan sensible!

D. FERN. (Leyendo.) «Dan cien duros al contado
al que quiera ser soldado
en reemplazo de...»

D.^a ISAB. ¡Es posible!

pero ¿habrá quien vender quiera
vida y libertad así?

MIGUEL. Hay tanto infeliz, que....

D. FERN. Sí,

y al par tanto calavera!

MIGUEL. ¡Quién sabe!

D. FERN. Continuemos:

aquí... «se vendé en muy poco»
no es esto: «se da....» tampoco.

Vaya, otro dia veremos,
(Deja el periódico sobre la mesa y á vista del público.)
que va siendo tarde ya.

D.^a ISAB. Tarde y Carlos no ha venido.

¡Oh! ¡si le habrá sucedido
alguna cosa!

MIGUEL. Será

que algun trabajo impensado
le detiene todavía
y por eso....

ADELA. Madre mia,
no, no pase usted cuidado.

D.^a ISAB. Como su salud....

ADELA. ¡Hay tal!

si por fortuna no escasa
aquí, en nuestra misma casa
habita su principal,

¿piensa usted que en el momento
y por un medio cualquiera
no podría...?

D.^a ISAB. En la escalera
ruido de pisadas sient.
¡llaman! él será: vé á abrir.

ADELA. ¡Vaya! ¡cese esa agonía!
(Se dirige al foro y desaparece un instante).

D.^a ISAB. Anda pronto, Adela mia,
¡le cansa tanto el subir!

D. FERN. ¡Y un cuarto piso! ¡aquí está!

ESCENA II.

Dichos, CÁRLOS.

MIGUEL. (Aparte á Adela, adelantándose á su encuentro cuando
ésta vuelve á la escena.) ¿Encjada?

ADELA. (Aparte y rápidamente.) Sí lo estoy.

D. FERN. (Mirando con pena á Cárlos.)
(¡Qué pálido viene hoy!)

D.^a ISAB. Hijo, Cárlos, ven acá:
(Con afan.) ven y siéntate á mi lado.

CÁRLOS. (Deja el sombrero en una silla y se dirige á D.^a Isabel.)
Buenas tardes, madre mia.

D.^a ISAB. Aquí: cualquiera diria....

CÁRLOS. ¿Qué?

D.^a ISAB. Que vienes fatigado.

CÁRLOS. No, madre.

D.^a ISAB. (¡Y verle no puedo!)

CÁRLOS. Estoy bueno enteramente.

D.^a ISAB. Lo sé.... sí; tranquila quedo;
pero.... tu mano.... tu frente....

CÁRLOS. Inquieta no esté por Dios:
deje su afan satisfecho
saber....

D.^a ISAB. ¿Te ha dolido el pecho?
¿has tenido mucha tos?

CÁRLOS. ¡Ninguna! Tiempo hace ya
que de un todo ha concluido.

D.^a ISAB. (Después de tocar sus manos con afan fingiendo acari-
ciarle.) ¡Tiene fiebre!

CÁRLOS, Y....

D.^a ISAB. (Aparte.) ¡Ha mentido!

CÁRLOS. (Conteniendo con mucha dificultad la tos.)
(Aparte.) ¡Dios mío! no puedo...

D.^a ISAB. ¡Ah!

CÁRLOS. Esté usted madre, serena,
y usted también, padre mío;
en lo porvenir confío
porque mi salud es buena;
además, hoy al doctor
consulté, sin ir más lejos.

D.^a ISAB. ¡Tú!

CÁRLOS. Le pedí sus consejos,
y dice que estoy mejor.
Y en último caso, halla
un medio.

D. FERN. ¡Un médico! y ¿cuál es?

CÁRLOS. Dice que siquiera un mes
fuera de Madrid me vaya,
y que así respondería...

D.^a ISAB. Y ¿qué haremos?

CÁRLOS. Nada ahora.

D.^a ISAB. ¿Y si tu mal se empeora?

CÁRLOS. Dios no querrá, madre mía.

D.^a ISAB. Mas ¿por qué has tardado, dí?
no sabes, hijo del alma,
que sin sosiego y sin calma
estoy, ausente de tí.

CÁRLOS. Perdóne usted, fué que allá,
madre, con Luis me distraje,
de su próximo viaje
hablando.

D. FERN. Pues qué, ¿se va?

CÁRLOS. Mañana.

D.^a ISAB. Y ¿va muy distante?

CÁRLOS. Á América debe ir.

ADELA. ¿De veras?

CÁRLOS. En este instante
se acaba de decidir:
ha sido un hecho casual
su marcha.

D.^a ISAB. ¿Sí?

CÁRLOS. Esta mañana
don Pedro Villamediana

- fué á ver á mi principal:
son amigos: le contó
que ha perdido allí un hermano
que á través del Océano
fortuna y suerte buscó;
al terminar su existencia
dueño de un caudal sin cuento,
volvió á España el pensamiento
y legó toda su herencia
á don Pedro, que á pesar
de ser esta tan crecida,
á los azares del mar
no quiere exponer su vida;
y prefiere nombrar una
persona, que yendo allá
pedrá realizar quizá
esa cuantiosa fortuna.
- D.* ISAB. ¡Oh! soy de su parecer.
- D. FERN. Pues muchos anhelarian....
- D.^a ISAB. Las vidas que le confían
suele el mar no devolver.
- CÁRLOS. Por eso Luis va mañana....
- ADELA (Bajo á D. Fernando.) Al almacén de bordados
debemos ir; no han pagado
todavía esta semana
y hoy....
- D. FERN. (Idem á Adela.) Bien, sí; vamos presto.
- ADELA. Que mi madre no....
- D. FERN. Hija mia,
saberlo la afligiria:
buscaremos un pretexto.
- ADELA. Por eso nunca la digo....
- D. FERN. (Alto.) Adela, voy á salir:
mi sombrero: si venir
tú quieres también conmigo....
- D.^a ISAB. ¿Dónde vas?
- D. FERN. Cerca de aquí:
anhelo ver á mi hermano,
pero solo.... aunque es temprano
no quisiera.... (Á Adela) ¿vamos?
- ADELA. (Colocando un velo en su cabeza.) Sí.
- D.^a ISAB. Haces bien: si alguna cosa
te ocurriese....

ADELA. Ya estoy.
MIGUEL. ¡Oh!

¿te acompaño, Adela?

ADELA. (Saliendo con su padre.) No:
ni lo pienses.

MIGUEL. ¡Rencorosa!

ESCENA III.

D.^a ISABEL, MIGUEL, CÁRLOS.

CÁRLOS. (Aparte.) No puedo más, ¡qué fatiga!
¡cuán triste es vivir fingiendo!

(Déjase caer sobre una silla. y toma maquinalmente
el libro que leía D. Fernando.)

D.^a ISAB. Miguel.

MIGUEL. ¿Qué, madre?

D.^a ISAB. ¿Y tu hermano?

MIGUEL. Allí sentado, leyendo
en el libro que mi padre
tenia hace poco abierto:
si quiere usted que le llame?

D.^a ISAB. ¿Podrá oírnos?

MIGUEL. No lo crea,

D.^a ISAB. Es que... quisiera decirte
una cosa.... y, no me atrevo.

MIGUEL. ¡Es posible!

D.^a ISAB. Como ignoro
qué tal estais de dinero!

MIGUEL. Pues qué, usted supone?...

D.^a ISAB. Sí:
penas trasluzco en tu acento,
continuos apuros, hijo,
¡ay! que yo sé aunque no veo.

MIGUEL. Madre....

D.^a ISAB. Á pesar de estar ciega
ojos en el alma tengo,
y á través de tus afanes,
nuestra situacion comprendo.

MIGUEL. Vamos, no se cuida usted...

D.^a ISAB. Ya sé, Miguel, que eres bueno,
y entre tú y mi pobre Adela
me ocultais....

MIGUEL. No hablemos de eso.

D.^a ISAB. Bien: mas hoy, aunque te enfades quisiera....

MIGUEL. (Con cariño.) Vaya, acabemos.

D.^a ISAB. Saber si comprar pudiste para Cárlos....

MIGUEL. Mas ¿qué es ello?

D.^a ISAB. Mira, es.... es esa bebida que mandó el doctor Robledo.

MIGUEL. (Aparte.) ¡Por vida! y ¿qué digo?

D.^a ISAB. ¡Callas!

No habrá....

MIGUEL. Sí, sí; allí la tengo, y yo cuidaré....

D.^a ISAB. ¿De veras?

¡Oh! ¡cuánto te lo agradezco!

MIGUEL. (Aparte.) Si saber pudiera....

D.^a ISAB. El alma

me angustiaba el pensamiento de que le faltase todo.

MIGUEL. Cuando digo....

D.^a ISAB. Sí; te creo,

y ya estoy tranquila: ahora voy á mi cuarto un momento.

MIGUEL. ¿La acompaño á usted?

D.^a ISAB. No, no:

dejarte con él deseo.

ESCENA IV.

MIGUEL, CÁRLOS.

MIGUEL. ¡Pobre madre! la he mentado, y Cárlos... cuando lo pienso sería capaz de hacer un disparate: ¡y sin medios de aliviarles! si pudiera en las horas de mi sueño trabajar más, de este modo lograra acaso.... ¡ah!

(Va á sentarse á la mesa de su trabajo y al tomar algunos papeles deja caer la caja de colores.)

CÁRLOS. (Vuelve la cabeza.) ¿Qué es eso?

- MIGUEL. Nada; que cayó la caja
de los colores al suelo,
y, mira, ¿ir á cogerla
manché sin querer un pliego.
- CÁRLOS. ¡Pobre Miguel! afanado
siempre.
- MIGUEL. Pues ¿y tú? yo creo
que ninguno de los dos
atrás se queda.
- CÁRLOS. Sí; pero
yo es diferente.
- MIGUEL. ¿Por qué?
- CÁRLOS. Yo cumplo un deber en ello,
mientras....
- MIGUEL. Sigue.
- CÁRLOS. Tú obedeces
solo á un noble sentimiento.
- MIGUEL. Mi obligacion es más grande,
ó á la tuya igual al menos,
que la gratitud la impone:
¿por ventura, olvidar puedo
que huérfano y desvalido
tus padres me recogieron,
y solo me hallara hoy
á no haber sido por ellos?
¿que mi niñez ampararon,
que siempre...?
- CÁRLOS. ¿Á qué ese recuerdo?
olvida....
- MIGUEL. No, que presente
á todas horas le tengo.
Pan y cariño y familia
encontré bajo este techo,
y vosotros dos, de hermanos
me ofrecisteis el afecto;
y pues vuestro amor me disteis,
el mio y mi vida os debo,
que al fin las deudas del alma
no se pagan con dinero.
- CÁRLOS. Tu padre y el padre mio,
Miguel, hermanos nacieron:
un deber era el amarte
y era tuyo el hogar nuestro.

Además, si algo valiera
lo que por tí ayer hicieron,
sin duda que tú mañana
les darás más dulce premio.

MIGUEL. Cárlos....

CÁRLOS.

Sé que amas á Adela:
sé que del niño el afecto
al primer amor del jóven
cedió en el alma su puesto.
Sé que las últimas risas
y los inocentes juegos,
de la pasión se trocaron
en los suspiros primeros.
Sé que ayer la acariciabas,
que hoy la miras con respeto;
que si antes la dabas flores
para adornar sus cabellos,
ahora, las que arroja místicas
guardas temblando en tu seno;
y sé que la harás dichosa,
porque eres noble y sincero,
cuando de amor la cadena
se convierta en lazo eterno.

MIGUEL.

Si: tienes razón: en ella
se cifran mis pensamientos,
y su amor es mi esperanza,
y verla feliz mi sueño.
No sé cuándo empecé á amarla
ni de este afán cuento el tiempo,
solo sé que mi ternura
creció al par que yo en mi pecho,
y que por una palabra,
por uno de sus deseos,
diera mi sangre y mi vida
y la daría contento!

CÁRLOS.

¡Cuán feliz eres!

MIGUEL.

¿Y tú?

CÁRLOS.

Hermano, yo nada espero.

MIGUEL.

¡Quién sabe!

CÁRLOS.

Ante un imposible
el esperar fuera un sueño.

MIGUEL.

Olvídate á María entonces.

CÁRLOS.

Olvídate, no, no puedo:

y cómo, si á todas horas
delanté de mí la tengo,
con su sonrisa de ángel,
con su semblante hechicero?

MIGUEL. ¿Sabrá tu amor?

CÁRLOS. ¡Imposible!

Cuando á mi lado la tengo,
del corazon agitado
domino el latido inquieto:
si á mirarla van mis ojos,
les digo: «apagad el fuego;»
y si el alma envia al labio
un ¡ay! de este amor inmenso,
al labio le digo «calla»,
y al alma «sufre en silencio».
Ya ves....

MIGUEL. Mas ¿y esa bondad
con que te trata? yo creo....

CÁRLOS. Es, Miguel, que aunque me amara,
su amor aceptar no puedo.

MIGUEL. ¡Cómo!

CÁRLOS. Una valla de oro
entre los dos puso el cielo,
ella es rica, pobre soy,
ya ves que es vano ese empeño,
y que este amor que me mata
tendrá su tumba en mi pecho.

MIGUEL. Y no hay modo de.... ¡mal haya!
si no la vieras al menos....
si ese viaje....

CÁRLOS. No pienses....

MIGUEL. ¡Mas sufrir y estando enfermo!

CÁRLOS. Muere el pájaro al mirarse
por entrambas alas preso,
y muere el pobre en los lazos
de su infortunio sujeto.

MIGUEL. Pero ¿y si tu mal se agrava?

CÁRLOS. Habré llegado hasta el término
sin vacilar un instante
y con mi deber cumpliendo;
entre tanto....

MIGUEL. Qué, ¿te vas?

CÁRLOS. Sí, si mi madre....

- MIGUEL. ¡Ah! recuerdo
que me dió un encargo ha poco
para tí, con un empeño!
- CÁRLOS. Y ¿cuál era?
- MIGUEL. Que te diese
una medicina, pero....
el caso es que.... no se trajo.
- CÁRLOS. No pases pena por eso,
ya sabes que yo....
- MIGUEL. Es que si ella
te preguntase....
- CÁRLOS. Comprendo:
diré que no la he querido
y así....
- MIGUEL. Cárls, no hagas eso;
si quieres verla contenta
dí que la tomaste.
- CÁRLOS. Bueno.
- MIGUEL. Y así de la pobre anciana
no vendrá á turbar el sueño
saber que pasas la noche
sin sosegar y tosiendo.
- ADELA. (Dentro.) Pase usted.
- CÁRLOS. ¡Una visita!
- MIGUEL. Viene con Adela: adentro
vámonos pronto; no estoy
con humor de cumplimientos.

ESCENA V.

DOÑA MARIANA, ADELA Y MARÍA, esta última vestida con elegancia, pero con sencillez.

- ADELA. Por aquí, pasen ustedes.
- D.^a MAR. Gracias.
- ADELA. Señora....
- MARÍA. Es mi aya
que hasta llegar hasta aquí
quise que me acompañara,
á pesar de que vivimos
las dos en la misma casa.
- D.^a MAR. Sin embargo....
- MARÍA. Hemos salido

á compras, mas deseaba
hablar con usted, porque....

ADELA. Tanto honer....

MARÍA. Mira, Mariana,
déjame aquí con Adela,
y vé tú sola....

D.^a MAR. Que vaya?

MARÍA. Sí, yo aquí te esperaré,
ó si no....

ADELA. Si deseara
usted acaso marcharse,
yo misma....

D.^a MAR. Está bien.

MARÍA. Sí, anda,
y hasta luego.

D.^a MAR. Como quieras.

ADELA. Ya sabe que esta es su casa.

ESCENA VI.

ADELA, MARÍA.

ADELA. Ahora las gracias le doy
por su bondad, ¡tal fortuna!

MARÍA. Perdone usted si importuna
es mi visita de hoy.

ADELA. ¡Oh! no tal: por qué razon?
aquí....

MARÍA. (Aparte.) No sé que deciria.

ADELA. (Aparte.) ¡Qué vergüenza, recibirla
en tan pobre habitacion!

MARÍA. Oír se me figuró
que la escalera subia
y....

ADELA. Con mi padre venia:
mas él abajo quedó
hablando, no sé con quién;
pero hubieron de anunciarle
algo que ha de interesarle
mucho, y á Miguel tambien,
pues con afán le nombró,
y sin querer darme oído
con aquel desconocido

al instante se marchó:
por eso....

MARÍA. Yo la ocasion
de subir aproveché
viéndola entonces, porque....
(Aparte.) me vende mi turbacion.

ADELA. (Aparte.) ¡Qué elegante!
MARÍA. La queria
rogar....

ADELA. Señorita, ¡á mí!

MARÍA. No me llame usted así,
dígame solo, María.

ADELA. No me atrevo, á la verdad;
usted tan rica, y tan corta
nuestra fortuna!

MARÍA. Qué importa,
si una misma es nuestra edad.

ADELA. Pero....

MARÍA. Y si alguna ventaja
entre nosotras hubiera,
de parte suya estuviera
¡Yo!

ADELA. ¡Yo!
MARÍA. Por sus padres trabaja
dia y noche con ardor:
por ellos siempre velando
aquí les está pagando
sus cuidados y su amor:
yo, Adela, al mio, jamás
tuve que prestarle ayuda:
de esta manera, sin duda
usted vale mucho más;
pero yo tal vez así
la estoy deteniendo ahora,
cuando acaso....

ADELA. No señora.

MARÍA. (Vacilando.) ¿Estaba usted sola?

ADELA. Sí;

pues aunque aquí la dejé,
sin duda adentro se ha ido
mi madre.

MARÍA. (Aparte.) ¡Si habrá salido!

(á Adela.) ¿Y.... sus hermanos?

ADELA. No sé.

Tal vez durante mi ausencia,
de mí marcharon en pos.

MARÍA. Sí... como pasan los dos
tan monótona existencia,
no... no es extraño que así
anhelen siempre... esto pasa...
todos fuera de la casa
tienen distracciones... y...
amores quizá.

ADELA. Miguel

jamás sale á no ir conmigo.

MARÍA. No: por Miguel no lo digo:
pero acaso Carlos...

ADELA. ¡Él!
menos que el otro.

MARÍA. (Con alegría.) ¡Qué escucho!

ADELA. Nunca podemos hacerle
que salga, ni distraerle,
ni...

MARÍA. Pues, ¿está triste?

ADELA. ¡Mucho!

MARÍA. ¡Dios mío! y, ¿por qué?

ADELA. (Aparte.) ¡Qué apure!

MARÍA. Esa tristeza ignorada...

ADELA. Él jamás nos dice nada,
pero yo me lo figuro.

MARÍA. ¿Con que usted, aunque él lo calla,
lo adivina?

ADELA. Sí.

MARÍA. Y ¿qué es?

ADELA. Dice el médico que un mes
siquiera, al campo se vaya,
y como eso es imposible,
su salud no se mejora.

MARÍA. ¿Está enfermo?

ADELA. Sí señora.

MARÍA. Pues que parta.

ADELA. No es posible.

MARÍA. Pero si eso le complace,
¿por qué no puede marchar?

ADELA. Porque... por... (Aparte.) ¡Oh! ¡qué apurar!
y ¡cuántas preguntas hace!

MARÍA. No me quiere usted decir?...

ADELA. Sí. (Aparte.) No sé qué contestaría.
(á María.) Pues... yo aquí charla que charla,
olvidaba el advertir
á mi madre que...

MARÍA. Sintiera....

ADELA. No! la traeré: con permiso.
(Aparte.) ¡Jesus! de este compromiso
que ella salga como quiera.

ESCENA VII.

MARÍA.

No me pude dominar:
sin alegría y sin calma
este secreto del alma
se me escapa á mi pesar.
¡Si supiera que aquí estoy
y que por él he venido!
¡estaba tan abatido,
y tan triste estaba hoy!
¡Pobre Carlos! mi pasión
sus pesares me revela;
lo que me ha callado Adela
me lo dice el corazón.
Quizá haciéndole pedazos
mi amor en su pecho crece:
tal vez ¡ay! tal vez parece
de la miseria en los brazos,
y aunque le quiero alvar,
y aunque sufro, en mi decoro,
ni puedo ofrecerle oro
ni amor le debo brindar!
¿Qué importa que el seno pueda
llevar de perlas cubierto,
si gime el pecho desierto
bajo su cárcel de seda?
Si angustiado el corazón
derrama sin contenerlas
tristes lágrimas, que perlas
caídas del alma son.
¡Oh! tal vez si me atravesara...
mi buen padre ayer me dió

para mi tocado y... ¡no!
¡avergonzarles pudiera!
Si Adela... ella con tufán
trabaja, y puede... sí, esto:
tal vez con ese pretexto
le podré dar... Aquí están.

ESCENA VIII.

MARÍA, ADELA Y DOÑA ISABEL.

ADELA. (Á D.^a Isabel.) Vamos, acérquese usted.
Por aquí.

D.^a ISAB. ¿Dónde se halla?
que del honor que nos hace
anhelo darle las gracias.

MARÍA. (Aparte.) ¡Dios mío, no sé por qué
estoy temblando y turbada!
(Á D.^a Isabel.) Señora....

D.^a ISAB. Me ha dicho Adela
que usted aquí se encontraba,
y aunque inútil y sin vista
he venido á saludarla.

MARÍA. Pues yo....

D.^a ISAB. Mi Carlos me cuenta
la bondad con que le trata,
y el bien que hacen á mi hijo
queda grabado en mi alma.
Además, venir á vernos
usted....

MARÍA. Es que deseaba....
sé que en primores á Adela
ninguna lleva ventaja,
y yo quisiera desde hoy
por algun tiempo ocuparla.

D.^a ISAB. Señorita....

MARÍA. Á eso he venido,
y si....

D.^a ISAB. Bien; si así le agrada,
felicés en complacerla
seremos en este casa.

ADELA. ¡Oh! yo con un placer sumo
de la noche á la mañana



- trabajaré para usted,
aun cuando tan poco valga.
MARÍA. Y si ofrece usted tratarme
con alguna confianza,
si sé que al llegar aquí,
molestia no he de causarla,
yo vendre, y decidiremos....
(Aparte.) Un pretexto descaba
y así le tengo; tal vez
podré endulzar su desgracia.
D.ª ISAB. Siempre que usted lo desee,
estaremos muy honradas
recibiéndola.
MARÍA. Traeré
dibujos, y así entre ambas
eligiremos.
ADELA. Sí, sí.
MARÍA. Hoy mismo vendrá Mariana
con varias telas, y puede
empezar.
ADELA. ¡Oh! sin tardanza.
MARÍA. Ahora me marcho.
ADELA. ¡Tan pronto!
MARÍA. Sí, que no vuelve mi aya,
y esta visita, en verdad
es ya demasiado larga.
D.ª ISAB. De ningún modo.
MARÍA. Y es tarde.
D.ª ISAB. Entonces, vé y acompaña
á la señorita.
MARÍA. No:
yo sintiera incomodarla
y está tan cerca....
D.ª ISAB. No importa.
ADELA. Permítame usted que vaya,
y así juntas estaremos
un momento más.
MARÍA. ¡Oh! gracias:
de esa manera.... Señora....
ADELA. Pronto estoy de vuelta.
D.ª ISAB. Anda.

ESCENA IX.

DOÑA ISABEL; despues MIGUEL.

- D.^a ISAB. ¡Qué voz tan suave y dulce!
aun en el alma resuena:
luego, dicen que esa jóven
es tan amable y tan bella,
que me doy el parabien
si logramos complacerla.
- MIGUEL. ¿Se marchó ya la visita?
- D.^a ISAB. Miguel?
- MIGUEL. Sí, madre, ¿quién era?
- D.^a ISAB. La señorita María,
que vino á buscar á Adela.
- MIGUEL. ¡La hija del señor de Lara!
¡cómo! ¿es posible! ¿era ella?
- D.^a ISAB. Sí; pero, ¿por qué lo extrañas?
- MIGUEL. Por.... (Aparte.) ¡si Carlos lo supiera!
- D.^a ISAB. ¿Y mi hijo?
- MIGUEL. Juntos estábamos
allí en su cuarto. (Aparte.) Por fuerza
esa jóven mira á Carlos
con más interés que él piensa.
- D.^a ISAB. ¿No saldrá?
- MIGUEL. Creo que no,
pues de cansancio se queja.
- D.^a ISAB. ¡Dios mio!
- MIGUEL. No hay para qué
alarmarse; mas ¿y Adela?
- D.^a ISAB. Bajó con la señorita.
- MIGUEL. Y para qué?
- D.^a ISAB. Justo era
que la acompañase, hijo;
mas pronto estará de vuelta.
- MIGUEL. (Aparte.) ¡Venir ella aquí! no sé....
no sé si á Carlos dijera....
él la adora....
- D.^a ISAB. Siento pasos:
¿es mi hija, Miguel?
- MIGUEL. Sí, es ella.

ESCENA X.

Dichos, y ADELA.

ADELA. ¡Quién creyera! ¡qué alegría!
Mamá, ven.

D.ª ISAB. Aquí me tienes.
Pero, ¿qué traes?

ADELA. Yo....
MIGUEL. Vienes....

ADELA. ¡No hay dicha como la mía!

MIGUEL. ¿De veras? pero ¿por qué?

D.ª ISAB. Sí; ¿qué causa tu contento?

ADELA. Sabe usted que hace un momento....

D.ª ISAB. Dí.

ADELA. Con María bajé.

D.ª ISAB. Y bien?

ADELA. Al llegar con ella
la quise soia dejar,
mas no fué posible, entrar
me hizo en su cuarto: ¡qué bella
habitacion! la elegancia
allí ha marcado su sello;
no he visto nada más bello
que aquella pequeña estancia.

MIGUEL. Mas tú?...

ADELA. Yo en aquel instante
sentia pena y placer:
¡le acababan de traer
un traje tan elegante!
Me lo enseñó: yo admirada
no sé qué la respondí:
mas ella, fijando en mi
su cariñosa mirada,
y mis manos estrechando
con expresion celestial,
«Hágase usted uno igual»
me dijo casi temblando:
«puesto que á ocuparla voy,
tome usted de su bordado
el importe anticipado
»que ofrecerle quiero hoy.»

Y antes que yo respondiera,
este papel me entregó;
y en voz muy baja añadió:
«inviértalo como quiera.»

D.^a ISAB. ¡Es posible!

MIGUEL. Y tú...?

ADELA. Yo luego
negarme quise, y con todo
no pude encontrar el modo
de resistir á su ruego.

D.^a ISAB. Y aceptaste?

ADELA. Sí, que en vano
insistí.

MIGUEL. Mas....

ADELA. ¡Son mil reales!

D.^a ISAB. Dios calma al fin nuestros males,
de esa niña por la mano.

ADELA. ¡Oh! con esto....

D.^a ISAB. Ya podemos
cuidar á Carlos, Miguel.

MIGUEL. Sí, sí: todo para él.

D.^a ISAB. Al campo le mandaremos

MIGUEL. Y así podrá mejorar;
porque.... madre, usted no sabe!
está mi hermano más grave
de lo que puede pensar;
pero ya, gracias al cielo...

D.^a ISAB. ¡Oh! Dios oyó mi demanda:
¡bendito aquel que nos manda
tras el dolor el consuelo!

ADELA. (Aparte.) Un traje me compraré,
puesto que ella lo desea,
y aunque tan rico no sea
como el suyo.... (á D.^a Isabel) Mamá?

D.^a ISAB.

Qué?

ADELA. Yo....

D.^a ISAB. Nuestro afán ves cumplido,
y vas á decirme ufana....

ADELA. Que quiero comprar mañana
un abrigo y un vestido.

D.^a ISAB. ¡Qué dices!

MIGUEL. Pero has pensado?...

ADELA. Uno, ¡qué contenta estoy!

que he visto de muestra hoy
en la tienda, terminado;
la atención de todos fija:
es azul.

D.^a ISAB. Pero ¿estás loca?

¡tú galas! á ti te toca
vestir con modestia, hija;
además, ese dinero
nos lo dá de Dios la mano
para salvar á tu hermano,
y Cárlos es lo primero.

ADELA. Pues vaya una juventud!
y eso que María ha dicho....

D.^a ISAB. Acaso un vano capricho
valdrá más que su salud?
Dame al punto.

ADELA. (Con pena.) Tome usted.

D.^a ISAB. ¿Lo sientes?

ADELA. Pues ya lo creo!

Vaya, jamás un deseo
ver realizado podré!

MIGUEL. ¡Adela!

ADELA. No me resigno.

MIGUEL. Tú no debes de olvidarte....

D.^a ISAB. Si quieres engalanarte
de un modo seguro y digno,
orna tu frente sencilla
de pureza y de decoro:
de candor, que más que el oro
donde quiera luce y brilla:
envuélvete con el velo
que el santo pudor prefiere:
esta es la gala que quiere
para tí mi amante anheló;
y si el presentarte así
te causa algun embarazo,
pon tu frente en el regazo
de tu madre; ven aquí,
que yo que en mi juventud
burlé del vicio los daños,
ostento sesenta años
de sufrimiento y virtud;
y el mundo al llegarte á ver

honrando á tu anciano padre,
dirá, buena fué su madre
y buena tiene de ser.
Pero me fatigo en vano
y me olvido de este modo....
para contárselo todo
voy al cuarto de tu hermano:
diré que pida licencia
por un mes entero, que....

MIGUEL. Pero no le diga usted
á Cárlos la procedencia
de ese dinero.

D.^a ISAB. Es extraño!
Por que?

MIGUEL. Siendo de María,
quizá no lo admitiría,
y le hiciera mucho daño.

D.^a ISAB. Ah! no!

ESCENA XI.

ADELA, MIGUEL.

MIGUEL. ¿Qué tienes?

ADELA. ¿Lo ignoras?
cuando has visto....

MIGUEL. Adela mia,
es que mi vida daría
por las lágrimas que lloras.

ADELA. Vaya un cariño! y aquí
por m' jamás intercedes.

MIGUEL. Atiende.

ADELA. Dime si puedes,
cuándo me apoyaste, dí?
siempre me causas enojos:
siempre....

MIGUEL. Debes advertir....

ADELA. Es que no quieres cumplir
ninguno de mis antojos,

MIGUEL. Que no quiero! cuando todo
lo hiciera por complacerte.

ADELA. Bien lo pruebas!

MIGUEL. Y he de verte

afligida de ese modo!

ADELA. (Se sienta llorosa al otro lado de la escena y de espaldas á Miguel.) ¡Oh!

MIGUEL. (Aparte.) Si pudiera encontrar un medio de consolarla! (Mirándola con amor) ¡Si yo pudiera comprarla cuánto llega á desear! Adela, yo te suplico que ceses en tu querrella.

ADELA. (Enojada.) Quitá!

MIGUEL. (Aparte.) ¡Por qué para ella no habré yo nacido rico? Por qué no tengo.... ¡ah! ¡qué ideal los billetes.... ¡desvarío! ese dinero no es mio, aunque ignoro de quién sea ¡no! ¡jamás! fuera locura que osara tocar mi mano....

ADELA. Está visto: todo en vano será: ¡mayor desventura!

MIGUEL. (Aparte.) Luego....

ADELA. (Con intencion.) Soy muy desgraciada, y sin embargo, yo sé que hay algunos...

MIGUEL. (Alarmado.) ¡Cómo! ¿qué ibas á decir?

ADELA. ¿Yo? Nada.

MIGUEL. (Aparte.) Vacilo, y estó y dudando: no... no... si esto se supiera... Mas con todo, yo pudiera por las noches trabajando llegar á adquirir de nuevo toda la suma que hoy gastase en ella. Sí, voy y haré... (dudando) mas no, no me atrevo.

ADELA. (Con intencion y coqueteria.) Yo sé que alguno, dichoso con verme feliz seria.

MIGUEL. (Aparte.) ¿Qué dice?

ADELA. Y yo todavía....

¡qué vestido tan preciosos!
¡tan solo con verle aquí
fuera tal mi gozo!

- MIGUEL.** (Aparte.) ¡Ah!
y ver que en mi mano está
hacer... me decido, sí.
Con inquieto afán ardiente
por ella trabajaré;
yo su dicha compraré
con el sudor de mi frente;
sí, yo de nuevo obtendré
ese dinero en mi empeño;
¿por qué he de hallar á su dueño
cuando hasta aquí no le hallé?
voy por él y....
- ADELA.** (Aparte.) ¿Cómo digo
á María lo que pasa,
cuando tan franca en su casa
hoy se ha mostrado conmigo?
- MIGUEL.** (Toma el sombrero.) Pues ambiciona una gala
yo se la daré anhelante.
- ADELA.** ¿Te marchas?
- MIGUEL.** Vuelvo al instante;
espérame en esta sala.

ESCENA XII.

ADELA, despues DOÑA ISABEL Y CARLOS.

- ADELA.** Todos aquí hacen alarde
de su amor y su desvelo,
mas me riñen en su anhelo
de la mañana á la tarde.
¡No se puede tolerar
tan monótona existencia!
(Viendo aparecer á D.^a Isabel.)
mas, mi madre... en su presencia
me toca solo callar.
- D.^a ISAB.** Sí, ven hijo; verdad es;
¿en mi afán no lo estás viendo?
¿no te lo está repitiendo
mi alegría y mi interés?
podrás de Madrid salir
y respirar otro ambiente;
podrás al fin en tu frente
auras más puras sentir;

aun no lo sabe tu padre.

CÁRLOS. Mas ¿quién vino en nuestra ayuda?

D.^a ISAB. La Providencia sin duda
que oyó el ruego de una madre.

CÁRLOS. Explique usted....

D.^a ISAB. (Vacilando.) Miguel vió
tu enfermedad sin remedio....
de salvarte buscó el medio,
y ese dinero pidió.

CÁRLOS. Pues gracias que lo hizo así,
porque morir me sentia,
y esto en verdad me afligia
por ustedes, no por mí.

D.^a ISAB. Hijo! pero ya á ese afan
no des en tu pecho abrigo,
y no temas, que contigo
mi amor y mi vida van.

CÁRLOS. Cariño tan santo y fiel
por pagar en vano lucho.

D.^a ISAB. Págalo amándome mucho.

ADELA. (Aparte.) ¿Á dónde iria Miguel?

D.^a ISAB. Del campo el aura bendita
respira, y tal vez mejores:
la juventud, cual las flores
sol y espacio necesita.
Mas dí al gozar su quietud,
aquí un recuerdo fijando,
en mi hogar están rogando
por mi vuelta y mi salud:
y cuando el aura tu frente
bese en sus revueltos giros,
dí, ¿si serán los suspiros
de mi pobre madre ausente?
Y al ver sobre cada flor
una gota de rocío,
piensa que en ella te envió
una lágrima de amor.

CÁRLOS. Tambien, madre mia, sé
que en mil pedazos deshecho,
bajo este apacible techo
el corazon dejaré;
y cual pájaro al vagar
por las regiones del viento,

buscará mi pensamiento
la blanca luz de mi hogar.

D.^a ISAB. Pide licencia de un mes
que fácil será obtenerla.

CÁRLOS. (Aparte.) Y he de estar un mes sin verla,
cuando ella mi vida es?

D.^a ISAB. Mañana mismo, yo quiero
que....

CÁRLOS. Tan pronto la partida?

D.^a ISAB. Sí, que va en ello tu vida,
y salvarte es lo primero.

ESCENA XIII.

Dichos, y MIGUEL, que entra precipitadamente con un paquete en la mano y procura ocultarlo al ver que Adela no está sola: D.^a ISABEL y CÁRLOS siguen hablando á un extremo de la escena, y al otro lado ADELA y MIGUEL.

MIGUEL. Adela, Adela, (Contrariado.) ¡ah!

ADELA. Miguel!

MIGUEL. (Aparte.) Van á saber....

(Bajo á Adela) Toma aprisa!

D.^a ISAB. (Á Carlos.) Que era tu marcha precisa
me dijo, hijo mio, él.

ADELA. ¿Qué es esto?

MIGUEL. (Bajo, mostrándole el paquete.) Mira.

ADELA. (Examinándole con alegría.)

Oh! ventura!

es el mismo, el que yo ví!

D.^a ISAB. (á Carlos.) Y cuando vuelvas aquí
te esperará mi ternura.

ADELA. ¡Qué bonito! ¡qué alegría!

Y es para mí?

MIGUEL. (Con afán.) Si lo quieres....

ADELA. ¡Oh! sí, sí: ¡qué bueno eres!

¡cuánto te amo!

MIGUEL. Adela mia!

(Saca del bolsillo un pequeño estuche.)

toma tambien.

ADELA. (Abriéndolo.) Cómo! el qué?
una sortija! un brillante!

MIGUEL. Lo ví, y en aquel instante
para tí lo ambicioné;
y sin pensar en...

ADELA. (La mira con alegría.) Jamás
he visto alhaja cual esta.
¿Valdrá mucho?

MIGUEL. Mucho cuesta;
pero tu amor vale más.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, y DON FERNANDO, que entra alegre y apresurado.

D. FERN. ¡Albricias! ya nuestro empeño....

D.^a ISAB. ¡Fernando!

D. FERN. Ya sé....

MIGUEL. (Aparte, alarmado.) ¡Qué dice!

D. FERN. Miguel, al cielo bendice,
que ya sé quién es su dueño!

MIGUEL. (Aterrado.) Su dueño! qué?...

D. FERN. (Con gozo.) Por quien soy!
Sin duda diste al olvido
los billetes; ¡Dios ha sido
quien lo ha descubierto hoy!

D.^a ISAB. Cómo?

D. FERN. Si no, deshonorado
un anciano quedaria.

MIGUEL. ¡Deshonorado!

D. FERN. Su alegría
con lágrimas me ha mostrado.
No era suyo ese dinero,
y el perderle fué peor;
que al confiarle á su honor
era su honor lo primero.
En su afliccion inhumana
y en su terrible embarazo,
pidió para darlo, un plazo,
y el plazo cumple mañana.

MIGUEL. (Con gran agitacion.) ¡Mañana!

D.^a ISAB. Mas, no imagino
cómo supiste su nombre.

D. FERN. Un amigo de ese hombre
á buscarme, Isabel, vine:
en la escalera le hallé,
y al referirme su anhelo,
para prestarle consuelo

hasta su casa volé.
Allí le encontré: á mi vez
gocé al disipar su pena:
¡qué cosa tan noble y buena
en el mundo, es la honradez!
Le dije que eras mi hijo,
y su gratitud mostrando,
entre riendo y llorando,
con el alma te hendijo.
Con que alza la frente ufana,
mañana con él te envío
y tú le llevas....

- MIGUEL.** (Aparte, aterrado.) ¡Dios mio!
pero ¡qué hago yo mañana!
- D.^a ISAB.** (á D. Fernando.) Pues, ensancha el corazon,
porque en su bondad inmensa
Dios hoy una recompensa
nos da de esa buena accion.
Cárlos se podrá curar.
- D. FERN.** ¿Qué dices?
- D.^a ISAB.** Oye.
(Habla con Cárlos y D. Fernando.)
- MIGUEL.** (Aparte.) ¡Ay! Adela,
cada vara de esa tela
cuán cara me va á costar!
- ADELA.** (Cuidándose solo de mirar los objetos que habrá colo-
cado Miguel sobre una silla, á un extremo de la escena.)
Para usarlo, he de decir
que fue otro don de María,
y hoy, hoy mismo... ¡qué alegría!
si yo pudiera salir!
- MIGUEL.** (Aparte.) ¡Qué haré? confesar que traje...
no, no, seria obligarlos...
¡ah! ¡no! la vida de Cárlos
depende de este viaje;
y luego, en mi loco anhelo
gasté más!
- D. FERN.** El bien alcanza
á quien siempre su esperanza
pone, hijo mio, en el cielo.
- ADELA.** (Aparte, mirando el vestido.)
Mañana lo he de lucir!
- MIGUEL.** (Aparte.) Mañana, por culpa mia,

la vergüenza más impia
esta casa va á cubrir!
¡mi locura destruyó
para siempre el bien soñado!
¡mañana estoy deshonrado!
dirán que soy...! eh! no! no!
antes la muerte prefiero!

(Dejándose caer en una silla, junto á la mesa.)

D. FERN. Ya, el porvenir, más dichoso
será.

D.^a ISAB. Lo ves?

MIGUEL. (Aparte.) Y es forzoso
que yo busque ese dinero.
¡Un medio! ¡un medio! ¡Señor!

(Al dejar caer la mano sobre la mesa vé el periódico
que D. Fernando leyó en la escena primera.)

¡Qué veo! ¡ese anuncio! ¡ah! Sí.

D.^a ISAB. Venid todos junto á mí.

MIGUEL. (Aparte, con decision.)
¡No hay más recurso! ¡Valor!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO.

Despacho elegante, en casa del Sr. de Lara: puerta de entrada á la derecha: á la izquierda otra que comunica con el interior de la casa: en el foro, la que conduce al despacho particular de Lara. Dos mesas de escritorio á los dos lados de la escena, y muebles de lujo.

ESCENA I.

LUIS, ANDRÉS y el SR. DE LARA.

Los dos primeros escriben sentados en la mesa de la izquierda, y el último escribe también en la de la derecha, consultando el libro de Caja.

LARA. Me canso en vano, y por más que por doquiera examino, cuál es la causa no atino de esta falta.

(Sigue hojeando papeles.)

ANDRÉS. (Á Luis.) Con que vas á marchart'?

LUIS. Así parece.

ANDRÉS. Á ver vas mundo, otro cielo?

LUIS. Ese siempre fué mi anhelo, y realizarlo me ofrece la suerte.

ANDRÉS. No me ilusiona el viajar, yo te lo juro; es más cómodo y seguro estarse en Madrid.

LUIS. Perdona; no soy de tu parecer, y que eso digas admiro.

LARA. Cuanto más busco y más miro,
más me llevo á convencer:
y mil escudos aquí
faltan: dudar fuera en vano;
preciso es buscar la mano
que pudo....

ANDRÉS. (Á Luis.) Y haces bien, sí:
esos son tus sueños bellos.

LARA. Alguno, por vida mia,
abusó... ¡y yo que tenia
tanta confianza en ellos!
¿habré de dudar...?

LUIS. (Á Andrés.) Andrés,
quedarme allí? ¡bah! ¿qué idea!

LARA. ¿Pero es posible que sea...?
no: ninguno de los tres!
y es fuerza.... vamos, no sé....
¡y aquí está claro y conciso
el déficit! es preciso
observarlos, y lo haré.

ESCENA II.

Dichos, **MARÍA.**

MARÍA. Papá.

LARA. Eres tú?

MARÍA. Puedo entrar?

ANDRÉS. (Viéndola.) ¡Ah!

LUIS. (Saludando.) Señorita....

LARA. María,
pues quién lo duda, hija mia.

MARÍA. Si te vengo á molestar....

LARA. No, hija;

á buen tiempo llegas,
y preguntarlo es en vano.

MARÍA. Pero, ¿por qué tan temprano
así al trabajo te entregas?

LARA. Esa es mi costumbre.

MARÍA. Sí,
mas mi amor no recompensas,
porque juzgo que más piensas
en los números que en mí.

LARA. ¿Qué estás diciendo, hija mía?

MARÍA. Oh! lo que puedo probarte:
si yo no vengo á buscarte
no te veo en todo el día.

LARA. Injusta eres por demás
con tu padre, que...

MARÍA. Es en vano
que digas....

LARA. Si yo me afano,
es por tí, por tí no más.

MARÍA. Por mí has dicho?

LARA. Cierto, sí.

MARÍA. Pues tu empeño no me explico:
¿no eres ya bastante rico?
¿qué nos falta, papá, dí?

LARA. Oh! nada; más cuando el cielo
sin tu madre nos dejó,
sentí que se acrecentó
hácia tí mi tierno anhelo;
y en medio de mi aficcion,
viejo con alma de niño,
no tuvo ya más cariño
que el tuyo mi corazón:
y fuiste al crecer en calma
por mis canas protegida,
última flor de mi vida,
postrera luz de mi alma;
rayo de sol que á la vez
mi triste hogar alegraba,
y dulce calor prestaba
á mi cansada vejez:
y trabajé noche y día,
porque nada te faltase,
porque ninguna lograrse
brillar más que tú, María:
y así proseguí tambien,
aunque en mi afanar ardiente
costó una arruga á mi frente
cada flor para tu sien.
Ya ves, hija mía, si hoy
querré hacerte venturosa.

MARÍA. (Ap.) No ha venido. (Á su padre.) Yo, dichosa
estando á tu lado soy.

- ANDRÉS. (Á Luis.) Concluyes ya?
LUIS. (Á Andrés.) Ya concluyo.
MARÍA. (Á su padre.) No es la riqueza mi encanto;
mas sí que me quiera tanto
un corazon como el tuyo.
La más brillante existencia
pierde ventura y sosiego:
¡tambien con llanto de fuego
regada está la opulencia!
- LARA. ¿No eres tú dichosa?
MARÍA. ¿Yo?
¿acaso piensas...?
- LARA. María,
jamás te perdonaría
que me ocultases...
- MARÍA. Oh! no!
LARA. Solo anhela mi ternura
verte feliz; que en tu frente
siempre, hija mia, se ostente
el cielo de la ventura.
Y si la suerte traidora
nublase su luz serena,
ven, y confia tu pena
á tu padre que te adora.
- MARÍA. Y ¿dónde amparo mayor
encontrara que en tu seno?
Yo bien sé que un padre bueno
es el amigo mejor.
Por eso, si un dia soy
desgraciada, sin reparo
vendré á pedirte el amparo
que me has ofrecido hoy:
mientras...
- LARA. Goza del vivir,
y déjame trabajar:
tu edad es de disfrutar,
la mia la de adquirir.
- MARÍA. ¡Cuán bueno y cuán bondadoso
eres!
- LARA. Házlo así, María:
¿por qué no sales? el dia
está apacible y hermoso.
Vé con tu aya, y al cajero

di... no temas que me enfade;
por si hay algo que te agrade,
lleva, si quieres, dinero.

MARÍA. Para qué? no necesito....

LARA. Pero hay dijés... joyas. .

MARÍA. No:

¡tengo tantas!

LARA. Es, que yo

quisiera....

MARÍA. Pues bien, le admito.

Y en premio de tus cuidados...

LARA. ¿Qué vas á hacer?

MARÍA. No te asombre:

con él haré, que tu nombre
bendigan los desgraciados.

LARA. Hija mia!

MARÍA. Pero hablando
de otra cosa; hoy falta aquí....

LARA. Quién?

MARÍA. Carlos.

LARA. Es verdad, sí;
tambien yo estaba notando
su tardanza, y no sé á qué
achacarla: él siempre ha sido
pudonoroso, cumplido.

MARÍA. ¿Estará enfermo?

LARA. No sé,
y empiezo á estar con cuidado,
es á su deber tan fijo....

MARÍA. Yo le aprecio, ¡es tan buen hijo!

LARA. Es un jóven muy honrado.

MARÍA. Si no temiera enojarte
te rogara....

LUIS. (Á Andrés.) Dame acá.

MARÍA. (Á su padre.) Manda á saber cómo está,
en tu nombre y de tu parte.

ANDRÉS. (Á Luis.) Aquí la firma.

LUIS. (Á Andrés.) Y en esa...

MARÍA. (Á su padre.) ¿Lo harás, papá?

LARA. Si.

MARÍA. No olvides....

LARA. Con tal empeño lo pides....

MARÍA. (Con precipitacion.) Su familia me interesa;

solo por eso te ruego...

LARA. Pues bien, vé tú misma y dá lo órden.

MARÍA. (Aparte.) Sospechará....

LARA. Y sal despues.

MARÍA. Hasta luego.

ESCENA III.

LARA, ANDRÉS y LUIS.

LARA. Sí: tiene razon María; preciso es que averigüemos el motivo de que Cárlos hoy se tarde tanto; pero antes... (Á Luis.) Luis, ¿copió usted las cartas y documentos que le dije?

LUIS. Si señor,
y tan solo falta en ellos la firma: si quiere, ahora...

LARA. Bien; la pondré y despachemos.

LUIS. Exáminelas usted,
por si algo les falta.

LARA. Bueno.

(Toma varios papeles de manos de Luis y se dirige á su mesa, á la cual se sienta á repasarlos.)

ANDRÉS. (Á Luis.) ¿Quieres venir, cuando acabes, al Retiro?

LUIS. Andrés, no puedo.

ANDRÉS. Por qué?

LUIS. ¿Olvidas que esta noche en el tren marcharme debo á las doce, y para nada chico, me queda ya tiempo?

ANDRÉS. Pero ¿qué tienes que hacer?

LUIS. De algunos amigos quiero despedirme.

ANDRÉS. Eso es muy justo.

LUIS. Tambien ir á ver deseo á la familia de Cárlos.

ANDRÉS. Les visitas?

LUIS. Hace tiempo.

ANDRÉS. Yo tambien, algunas veces.

LUIS. Él es muy buen compañero.

ANDRÉS. Tiene una hermana....

LUIS. Muy linda,
y muy jóven.

ANDRÉS. Sí por cierto;
pero....

LUIS. Ya me imaginaba
que ibas á ponerla un pero.

ANDRÉS. Le tiene y grande.

LUIS. Y cuál es?

ANDRÉS. Ay! Luis! el mayor defecto
para un pobre.

LUIS. Pero di....

ANDRÉS. Que ama el lujo con extremo,
y que gasta más que debe
en adornos.

LUIS. No lo creo.

ANDRÉS. Yo tambien lo dudaria
á no haberlo visto; pero
hoy la encontré justamente
con un traje....

LUIS. Cómo es eso!
pues ellos son pobres.

ANDRÉS. Mucho.

LUIS. Cárlos tiene poco sueldo.

ANDRÉS. Muy poco, y con él...

LARA. (Aparte, muy marcado y prestando atencion á lo que
hablan.) ¿Qué dice?

ANDRÉS. Cómo no busque otros medios..

LUIS. Supones....

ANDRÉS. Nada supongo.

LUIS. Es honrado!

ANDRÉS. No lo niego:
mas si gastan más que tienen,
de algun modo....

LARA. (Aparte, alarmado.) ¿Será cierto?

ANDRÉS. Búscale una solucion,
si no eres ó tonto ó ciego.

LUIS. Tú no quieres bien á Cárlos.

ANDRÉS. Y por qué no he de quererlo?

LARA. (Aparte.) ¿Qué sospecha! Si él... Oigamos.

LUIS. Porque él en el cumplimiento

de su deber es exacto,
y tú....

ANDRÉS. Vamos, no seas necio.

LUIS. Porque viene más temprano.

ANDRÉS. (Con intencion.) Él sabrá la causa de ello.

LARA. (Aparte, prestando siempre la mayor atencion á las palabras de Andrés. Oh! qué idea!

LUIS. Porque envidias...

ANDRÉS. Bah! tú estás loco.

LUIS. (Mirando á la puerta de entrada.) Silencio;
aquí está.

ESCENA IV.

Dichos y CÁRLOS.

ANDRÉS. Sí.

CÁRLOS. Buenos dias.

LARA. ¿Es usted, Cárlós? ya inquieto
estaba.

CÁRLOS. Perdone usted,
si me he tardado un momento.

LARA. Quién le ha dicho....

CÁRLOS. En adelante....

LARA. Vaya, ocupe usted su puesto
y no hablemos de eso: ahora
despache usted el correo,
que va siendo tarde. Andrés.

ANDRÉS. (Levantándose.) Señor de Lara....

LARA. Aquí tengo
algunas letras cumplidas
y pudiera ir....

ANDRÉS. Al momento.

ESCENA V.

Dichos, menos ANDRÉS.

LUIS. Ahí tienes tu sitio.

CÁRLOS. Aun no:
antes de sentarme tengo
que hablar al Sr. de Lara.

LARA. Á mí?

CÁRLOS. Sí.

LARA. Pues bien: hablemos;
ya sabe que complacerle
únicamente deseo.

CÁRLOS. Por esa misma bondad
animado, yo le ruego
que me otorgue su permiso
para ausentarme algún tiempo.

LARA. Cómo!

CÁRLOS. Veinte ó treinta días
es tan solo lo que anhelo.

LARA. Ah! con que usted quiere?... bien,
y aunque extraño... (Aparte.) ¿Será cierto?
(Á Carlos.) Y qué piensa usted hacer
en esos días?

CÁRLOS. Los médicos
dicen que me vaya al campo
como el único remedio
de recobrar la salud
que á mi pesar voy perdiendo.

LARA. Y usted, á lo que parece
piensa tomar el consejo?
no es así?

CÁRLOS. Mi pobre madre
es la que se empeña en ello;
pero antes quiso, que usted
accediera.

LARA. Bien... lo apruebo.

CÁRLOS. Yo ambiciono su permiso,
y á no ser así, me quedo.

LARA. Y por qué?

CÁRLOS. Porque conozco
y sé cuánto le debemos.

LARA. Á mí!

CÁRLOS. Sí señor: há mucho
que en su casa ocupo un puesto,
y á mis padres, de este modo,
sostener y ayudar puedo.

LARA. Sí: ya sé que usted se afana
y se desvela por ellos,
sin contar con más recursos
(Con intencion.) que su trabajo, ¿no es cierto?

CÁRLOS. Oh! nada más...

LUIS. (Aparte.) ¡Pobre Carlos!

CÁRLOS. Y de ello no me avergüenzo.

LARA. Entonces.... ¿querrá usted que le anticipe algun dinero?

CÁRLOS. No señor.

LARA. Que no!

CÁRLOS. Las gracias le doy por su ofrecimiento; pero eso fuera abusar de su bondad, y no quiero.

LARA. Si es qué no lo necesita... (Aparte.) me confundo y no comprendo..

CÁRLOS. Hoy no señor... mas si acaso...

LARA. (Aparte.) ¿Dónde habrá encontrado medios para...? ¡si será él, Dios mio! las apariencias....

LUIS. Don Pedro.

ESCENA V.

Dichos y DON PEDRO.

CÁRLOS. Ah!

LUIS. Felices.

LARA. (Aparte.) ¡Qué sospecha!

D. PED. Lara!

LARA. Tú aquí tan temprano!

D. PED. Sí, mas no me lo agradezcas, que aunque en verte me complazco, los asuntos me han traído y no la amistad.

LARA. Sepamos.

D. PED. Venia en busca de Luis.

LUIS. De mí?

CÁRLOS. (Aparte.) No me ha contestado!

D. PED. (Á Luis.) Las postreras instrucciones y los últimos encargos vengo á hacerle, y además á darle un poder firmado y en toda regla, pues juzgo que esto es lo más necesario.

CÁRLOS. (Aparte.) ¡Oh! ¿qué haré?

D. PED. (Á Luis.) Con que esta noche...?

- LUIS. Á las dos en punto marche,
cumpliendo en todos sus órdenes
y el deseo que ha mostrado.
- D. PED. Espero quedar contento
de usted.
(Dirigiéndose á Carlos.) Mas ¿qué es eso, Carlos?
¿no se trabaja?
- CÁRLOS. Esperaba....
- LARA. (Á Carlos.) Ya hablaremos más despacio
de su pretension, y....
- CÁRLOS. Bien.
- LARA. Escriba usted entretanto.
(Aparte.) Es preciso averiguar
toda la verdad.
- CÁRLOS. (Aparte.) ¡Qué cambio!
- LARA. (Aparte.) Lo consultaré con Pedro.
- D. PED. (Hablando con Luis.) No es posible demorarlo.
- LUIS. Y para qué? Decidme anoche
tengo el billete tomado:
nada me queda que hacer
en Madrid; con que en sonando
la hora fijada, adelante,
monto en el wagon, y parte.
- D. PED. Y á ser activo.
- LARA. (Á D. Pedro.) Sin duda
tú al venir, no habrás tomado
aun el chocolate?
- D. PED. No.
- LARA. Pues ven conmigo, y hablando
le tomaremos.
- D. PED. Perdona,
pero para mí es temprano.
- LARA. Entonces....
- D. PED. Prefiero ir
á esperarte en tu despacho,
para ver á tu cajero:
tengo que darle un encargo,
y mientras....
- LARA. Sí; tambien yo
un asunto reservado
quiero consultar contigo.
- D. PED. Allí podemos tratarlo:
anda y despacha sin prisa

- chico, y nada reparé.
- CÁRLOS. ¡Sintiera tanto perder su afecto!
- LUIS. Mucho te apuras; pero no digas locuras, porque eso no puede ser.
- CÁRLOS. Es que...
- LUIS. Tú cumples aquí como no cumple un cualquiera. (Con intencion.) Además, aunque eso fuera: ¿no habrá quien ruegue por tí?
- CÁRLOS. Cómo?
- LUIS. María....
- CÁRLOS. No acabes.
- LUIS. Mas....
- CÁRLOS. Tu silencio prefiero.
- LUIS. Hijo, el amor y el dinero.... lo demás ya tú lo sabes.
- CÁRLOS. Pero, Luis.. !
- LUIS. ¿Te causa enojos que tus secretos comprenda? pues á no ser que una venda tuviera puesta en los ojos, á nadie se ocultaria la pasion que te avasalla, ni tampoco....
- CÁRLOS. Por Dios, calla!
- LUIS. Que tambien te ama María.
- CÁRLOS. Cómo! ¿supones tal cosa?
- LUIS. Y lo digo sin empacho, tú eres un guapo muebacho, y ella una jóven preciosa.
- CÁRLOS. Mas tambien debes saber que á esta pasion no di abrigo; que luché, y Dios es testigo de que no pude vencer.
- LUIS. Mal hecho!
- CÁRLOS. Y ¿qué he de esperar de este profundo cariño?
- LUIS. Qué? Vamos, no seas niño: ¡si me hallara en tu lugar!
- CÁRLOS. Cederias.
- LUIS. No que es bella.

- CARLOS. Es rica!
- LUIS. Vaya un apuro!
vamos, cuando te aseguro
que puedes contar con ella.
- CARLOS. Oh! no.
- LUIS. Tú estás ciego, di?
y entoces, por qué suspira?
- CARLOS. Por....
- LUIS. Por qué á mí no me mira
cuál te mira siempre á tí?
- CARLOS. Son delirios....
- LUIS. Es amor.
- CARLOS. Mas....
- LUIS. Tú en esto no estás ducho:
pero ella te quiere mucho,
y su padre....
- CARLOS. Por favor!
- LUIS. Nuestro principal no es
ambicioso; ama á su hija,
y cuando esposo la elija
no influirá el interes
en su eleccion; con que....
- CARLOS. Oh!
- LUIS. Deja esa duda importuna,
y busca amor y fortuna;
que puedes aquí....
- CARLOS. Luis: no!
y vé que al hablar así
me estás ofendiendo ahora;
que aunque mi pecho la adora,
yo no busco el medro aquí.
- LUIS. Pero nunca está demás... (Movimiento de Carlos.)
no te enfades, yo lo digo
por....
- CARLOS. Si quieres ser mi amigo,
no hablemos de eso jamás.
- LUIS. Hombre!
- CARLOS. Y si leer pudiste
en mis ojos esa historia,
bórrala de tu memoria,
que es un sueño, y sueño triste.
- LUIS. Me guiaba tu interés,
mas si lo tomas en serio....

CARLOS. Este amor es un misterio
para todos, y....

LUIS. Quién es?

ESCENA VII.

Dichos, MIGUEL, entrando triste y agitado.

CARLOS. Miguel.

LUIS. Tu hermano.

CARLOS. Tú aquí!

MIGUEL. Sí, Carlos.

CARLOS. Pero qué tienes?

MIGUEL. Te buscaba.

CARLOS. Por qué vienes....

MIGUEL. Tenia que hablarte.

CARLOS. A mí?

MIGUEL. Sí.

CARLOS. Miguel, algo te pasa:
tu agitacion lo revela:
estás pálido: ¿y Adela?
¿y nuestros padres?

MIGUEL. De casa
yo no vengo ahora, mas
por ellos, Carlos, descuida.

CARLOS. Tu inesperada visita....

MIGUEL. Calla: todo lo sabrás,
pero solo....

LUIS. Estorbo, chico?

CARLOS. Tú! no.

LUIS. Hablar podéis á fé:
yo en tanto me ocuparé....
del correo.

CARLOS. (Á Luis.) Te suplico
que termines. (Á Miguel.) Ahora, di,
explica tu pesadumbre;
¿por qué, contra tu costumbre,
vienes á buscarme aquí?

MIGUEL. Ay! Carlos, á mi pesar
á afligirte va mi acento.
voy á turbar un momento
la calma de nuestro hogar.

CARLOS. Cómo!

- MIGUEL. Tengo que partir:
de Madrid me voy.
- CARLOS. Qué escucho!
por mucho tiempo?
- MIGUEL. Por mucho!
- CARLOS. Pero ¿dónde vas á ir?
- MIGUEL. No sé.
- CARLOS. No te entiendo bien:
¿arte? ¿no somos hermanos?
mis pobres padres ancianos,
no son tus padres también?
¿no partiste en tu dolor
con nosotros mesa y techo?
- MIGUEL. Es cierto!
- CARLOS. ¿Qué te hemos hecho,
que así nos niegas tu amor?
- MIGUEL. No aumentes en este instante
mi amarga pena, que es mucha,
pues te juro que en su lucha,
ya el alma sufre bastante.
- CARLOS. Entonces, á la verdad,
¿por qué te vas? ¿por qué ha sido
decir?...
- MIGUEL. Es que hoy he vendido
mi vida y mi libertad.
- CARLOS. Tú! ¿qué dices?
- MIGUEL. Solo así
logré evitar la deshonra,
que entre la dicha y la honra,
tener honra preferí!
- CARLOS. Por Dios, que te estoy oyendo,
y más y más me confundo!
- MIGUEL. Es mi dolor tan profundo
que ni aun yo mismo me entiendo.
- CARLOS. Pero en fin....
- MIGUEL. Tú sabes....
- CARLOS. Dí.
- MIGUEL. Que me hallé dinero un día:
lo gasté: darle debía....
para darlo me vendí.
- CARLOS. Que lo gastaste!...
- MIGUEL. Eso es:
hice mal!

CÁRLOS.

Sí.

MIGUEL.

Más repara....

no pensé que me costara
tanto y tan caro después!

CÁRLOS.

Más por qué?...

MIGUEL.

Anhelaba un traje

Adela.... la quiero tanto!
que al verla llorar, su llanto
me enloqueció, y se lo traje:
y un brillante la compré
también en mi pasión loca,
que al ver el ruego en su boca
de mí mismo me olvidé.

Mi disculpa es el mayor
afán que en mi pecho anida:
¡quién no vendiera su vida
por la mujer de su amor!

CÁRLOS.

¡Miguel! Miguel!

MIGUEL.

Creí, que

de la noche haciendo día
trabajando, ganaría
el dinero que gasté;
pero burlando mi empeño
quiso la suerte traidora
que en aquella misma hora
pareciese ayer su dueño.
Loco, y temiendo faltar
de mi deber al reclamo,
de nuestro padre, á quien amo,
temiendo el enojo al par,
sin pensar en nada...

CÁRLOS.

Y bien?...

MIGUEL.

Vi esto anuncio....

CÁRLOS.

Y has podido....

MIGUEL.

Mi sangre hubiera vendido,
y mi existencia también.

CÁRLOS.

Pues si es eso, la quietud
torne á tu pecho agitado;
yo esperaré á vuestro lado
que Dios me dé la salud.
Aquí me queda: al instante
volvete la calma quiero:
de mi viaje el dinero

puede hacer....

MIGUEL. Ah! no es bastante!

CARLOS. Que no! Pues qué cantidad debes?

MIGUEL. Aunque te quedaras, cubrir el mal no lograras: falta más de la mitad.

CARLOS. Dios mio!

MIGUEL. Y tu noble accion tampoco aceptar debia, pues la culpa ha sido mia, es mia la expiacion.

CARLOS. Partir!

MIGUEL. La suma tomada, hace un instante fui á dar, y mañana ha de quedar mi suerte al deber fijada. Por eso vine hasta aqui á buscarte, pues confio que tú...

CARLOS. ¡Pobre hermano mio! y ¿qué puedo hacer por tí?

MIGUEL. Es, que me falta valor en el momento de irme, Carlos, para despedirme de mis padres, y mi amor: házlo tú, pues esta vez mi frente al pesar abato: díles que no soy ingrato si abandono su vejez; díles que en el corazon su santo recuerdo llevo, y que aun á esperar me atrevo por mi falta, su perdon: y á Adela... dí que al partir llevo el alma desgarrada; mas no... no la digas nada, que no la quiero affigir. Basta, que por mi fatal destino, ausente me lleve, pero yo quiero que ignore que fué causa de mi mal.

CARLOS. Pero, dime: ¿no habrá otros

- medios de hacer....
- MIGUEL. No, no hay más
que el que adopté.
- CARLOS. Y si te vas,
dí, ¿qué va á ser de nosotros?
- MIGUEL. Juntos, podeis soportar
mejor, esta ausencia hoy,
pero yo, solo me voy
y solo siempre he de estar!
- CARLOS. De mis padres, regocijo;
junto á mí creciste ufano:
te vas, ¿quién será mi hermano!
- MIGUEL. Ámalos mucho por mí;
en mi ausencia, de ellos cuida;
y á ella, á ella que es mi vida,
dí que no me olvide!

ESCENA VIII.

Dichos. MARÍA.

- MARÍA. (Aparte.) Aquí
está ya: mi corazón
temiendo estaba por él.
- CARLOS. (Aparte á Miguel.) Ella!
- MIGUEL. (Saludando, turbado.) Señora ..
- MARÍA. Miguel!
ah!... celebro la ocasion
de....
- CARLOS. (Aparte á Miguel.) Disimula por Dios!
- MIGUEL. Para mí el placer ha sido....
- MARÍA. (Aparte, mirándolos con interés.)
Qué les habrá sucedido
que están turbados los dos!
- LUIS. (Aparte, indicando á Maria.)
Pues! no lo dije! aquí está.
- MIGUEL. (Bajo á Carlos.) Me ahogo y debo marcharme;
¿vienes?
- CARLOS. (Id. á Miguel.) Tengo que quedarme:
luego....
- MIGUEL. (Idem.) Á conocerte va
que sufres.

- CARLOS.** (Idem.) Tendré valor.
Aunque oprimido y estrecho,
en el fondo de mi pecho
ocultaré este dolor.
- MIGUEL.** (Alto.) Vendrás á buscarme?
- CARLOS.** Sí.
- MARÍA.** (Aparte.) Oh! yo veré si consigo....
- CARLOS.** Iré á reunirme contigo
en cuanto salga de aquí.
- MIGUEL.** (Disponiéndose á salir.)
Entonces bueno. Señora....
- MARÍA.** ¿Se marcha usted?
- MIGUEL.** Vine á ver
á Cárlos.... tiene que hacer,
y no debo en esta hora
detenerle.
- MARÍA.** Piensa usted...?
- MIGUEL.** Sin embargo....
- MARÍA.** Está en su casa.
- MIGUEL.** Cárlos....
- CARLOS.** Á Dios.
- MARÍA.** (Aparte.) Algo pasa,
mas juro que lo sabré.

ESCENA IX.

MARÍA, CÁRLOS, LUIS.

- MARÍA.** (Aparte.) Quisiera poderle hablar
y saber así qué es esto:
si yo encontrara un pretesto
para que Luis....
(Aparte, yendo á sentarse á la mesa con aire abatido.)
¡El marchar!
- LUIS.** (Á Cárlos.) Te encuentro triste.
- CARLOS.** Sí á fé.
- MARÍA.** (Aparte.) No hay otro medio, y deseo....
(Á Luis.) Luis.
- LUIS.** Qué?
- MARÍA.** Papá..., segun creo,
ahora le buscaba á usted.
- LUIS.** Á mí?
- MARÍA.** Sí.

- LUIS. (Aparte.) Ya la intencion
comprendo.
- MARÍA. Yo le suplico
que vaya, y....
- LUIS. Entiendo. (Aparte á Carlos.) Chico,
declárale tu pasion.

ESCENA X.

MARÍA. CARLOS.

El sentado á la mesa: María en medio de la escena,
contemplándole y dudando.

- MARÍA. Á solas con él estoy,
y sin embargo vacilo,
y cuando á mirarle voy
dobla sus latidos hoy
el corazon intranquilo:
y él con la frente agoviada
guarda silencio á su vez,
sin levantar la mirada:
¡vaya, no sirve de nada
tanta y tanta timidez! (pausa.)
Está visto: necesita
para hablar que empiece yo;
y aunque la duda me agita,
quiero.... (á Carlos.) Carlos....
- CARLOS. (Levantándose.) Señorita....
- MARÍA. ¿Trabaja usted mucho?
- CARLOS. No;
y es en vano que lo intente,
que al ir la pluma á tomar,
tiembla mi mano, y mi frente
hoy abatida se siente.
- MARÍA. (Con interés.) ¿Tiene usted algun pesar?
- CARLOS. Mal ocultarlo podría.
- MARÍA. Luego.... padece?
- CARLOS. Si, mucho;
y es tal la desgracia mia,
que sin fuerzas, noche y dia
contra este infortunio lucho.
- MARÍA. Cuando nuestro afan callamos,
es doble nuestra afliccion;
mas un consuelo encontramos

cuando las penas fiamos
Cárlos, á otro corazon.

CÁRLOS. Aunque su voz lograria
dar la ventura y la calma,
¿á qué se afana; María?
son duelos que Dios envia
á lo profundo del alma.

MARÍA. Quiero saberlos.

CARLOS. Á qué?

MARÍA. Tal ver remedio les halle.

CARLOS. No es posible, yo lo sé;
así, permítame usted
que los sienta y que los calle.

MARÍA. ¡Egoista es el pesar
que así en el pecho se encierra!

CARLOS. Es que sé que no he de hallar
remedio alguno en la tierra.

MARÍA. Mas sufrir... sin esperar!

CARLOS. Temo que mi afan profundo
el mundo calumnie aquí.

MARÍA. Pero ese temor...?

CARLOS. Lo fundo,
en que yo pobre nací
y al pobre desdeña el mundo.

MARÍA. Lo hará así, quien á mi ver
no pueda, Cárlos, en calma
el bien y el mal conocer;
no quien sepa comprender
todo el valor de su alma;
no quien al verle cruzar
una vida sin encanto,
le quisiera consolar,
ansiado al par enjugar
con mano amiga su llanto.

CARLOS. No inspiro á nadie interés!

MARÍA. (Con rapidez.) Se engaña usted.

CARLOS. Oh! María!

¿será verdad?

MARÍA. Si lo es;
(Aparte.) que te vendas alma, alma mia,
y lo sentirás despues!

CÁRLOS. Hable usted.... su acento hoy
enloquece mi razon;

- creyendo en la dicha voy
y aquí.... (Aparte.) pero loco estoy....
que te vendes, corazon!
- MARÍA. Si á mi amistad dicha llama....
- CÁRLOS. María, no lo ha de ser!
- MARÍA. Puesto que así lo proclama
puede... (Aparte.) No hay duda, me ama!
mas le contiene el deber!
- CÁRLOS. Es un delirio esperar.
- MARÍA. Oh! tenga usted confianza.
- CÁRLOS. (Aparte.) Y esas palabras, al par,
son mi rayo de esperanza
y yo no debo esperar!
- MARÍA. Cárlos...
- CÁRLOS. María, perdon...
hay momentos en la vida
de tan hermosa ilusion,
que la existencia se olvida,
y se olvida la razon;
y cual del dique deshecho
se escapa el ancho torrente,
tambien, á nuestro despecho,
se escapa de nuestro pecho
la pasion que el alma siente.
- MARÍA. Y, si triste y sola vemos
el alma por quien sufrimos,
contenernos no podemos,
decimos más que debemos,
aunque menos que sentimos.
- CÁRLOS. Dios mio! se me figura
un sueño!
- MARÍA. Si el porvenir....
- CÁRLOS. No merezco tal ventura,
y me olvido én mi locura
que solo....
- MARÍA. Siento venir
á alguno.
- CÁRLOS. Mi pecho anhela....
- MARÍA. Á Dios!
- CÁRLOS. Nunca olvidaré....
- MARÍA. Piense, si esto le consuela,
que hay, Cárlos, un ser que vela,
y que siente con usted.

ESCENA XI.

CÁRLOS, despues DON FERNANDO, y ADELA, que viste el traje que le dió Miguel, y que ha de ser lujoso y muy elegante.

CÁRLOS. Que siente conmigo! sí;
eso ha dicho; no es mentira;
¡oh! mi cabeza delira,
mas....

ADELA. (Á su padre, entrando.) Mírele usted allí.

D. FERN. Estás solo, Carlos?

CÁRLOS. Padre,
usted....

D. FERN. Á buscarte vengo.

CÁRLOS. Tambien Adela?

D. FERN. Sí: quiso
ahora acompañarme.

CÁRLOS. Pero....
venir aquí!

D. FERN. Nos marchamos
muy pronto: mas tan inquieto
estaba....

CÁRLOS. Y por qué?

D. FERN. Á Miguel
hoy aun no hemos visto.

ADELA. Es cierto!

D. FERN. Al notar su ausencia, fui
á buscarle en su aposento;
mas esto, en vez de calmarlos,
dió á mis temores aumento,
que sin duda, allí la noche
no ha pasado.

CÁRLOS. ¿Cómo es eso?

D. FERN. Ó la pasó sin dormir;
que estaba intacto su lecho.

CÁRLOS. (Aparte, con pena.) ¡Pobre Miguel!

D. FERN. ¿Sabes tú
dónde se encuentra?

CÁRLOS. (Aparte.) No debo
revelar que aquí....

D. FERN. ¿Le has visto?

CÁRLOS. Responde.

CÁRLOS. Sí: hace un momento.

- D. FERN. Y ¿por qué se tarda?
- CÁRLOS. Por....
- D. FERN. ¿Con tal cuidado tenernos!...
- CÁRLOS. Es que....
- D. FERN. ¿Va á empezar acaso
á ser ingrato á mi afecto?
- CÁRLOS. No le culpe usted.
- D. FERN. ¿Por qué?
- CÁRLOS. Oh! yo asegurarle puedo...
- ADELA. Él volverá á nuestro lado,
¿es verdad?
- CÁRLOS. Así lo creo.
- D. FERN. Pero cuándo?
- CÁRLOS. No sé....
- D. FERN. CÁrios,
algo me ocultas; tu acento
no es seguro, y eso prueba,
hijo, que me estás mintiendo.
- CÁRLOS. Yo....
- ADELA. ¡Dios mio!
- D. FERN. En tu semblante
y en tu mirada lo leo!
Dí? ¿por qué, por vez primera,
Miguel no está al lado nuestro?
¿por qué el insomnio le agita?
¿por qué huye de nuestro techo?
¿dónde está? ¿qué le ha pasado?
dilo, dilo sin rodeos:
pronto, que ya el corazon
á voces me está diciendo,
que si es culpable, ó si sufre,
correr á su lado debo!
- CÁRLOS. Cálmesese usted.
- ADELA. Pero dinos....
de esta inquietud, á lo menos
sácanos, puesto que sabes...
- CÁRLOS. Adela, guarda silencio!
si Miguel ausente está,
si aun á tu lado no ha vuelto,
no me preguntes la causa,
porque lágrimas de fuego
te ha de costar el saberla,
y decírtela no quiero!

- ADELA. Á mí, Dios mío!
- CÁRLOS. Ese traje....
- ADELA. Ah! (Aparte.) Calma. (A C.) Es... es un obsequio de María.
- CÁRLOS. Cállate!
- ADELA. (Aparte á Carlos.) Sabes....
- CÁRLOS. (Aparte á Adela.) Más valiera nó saberlo! ese lujo es una burla. Si con él te hallasen...!
- ADELA. (Idem.) Pero....
- CÁRLOS. (Idem.) Al verte así, me dá pena: al verte así, me estremezco: ¡cuán caras van á costarnos esas galas!
- D. FERN. No te entiendo, hijo mío.
- CÁRLOS. Yo tampoco, ahora explicarme aquí puedo; si viene el señor de Lara.... si....
- D. FERN. Tienes razon: no quiero abusar....
- CÁRLOS. Suba usted pronto á casa.
- D. FERN. Mas....
- CÁRLOS. Se lo ruego. Yo iré allí á tranquilizarle dentro de algunos momentos; pero antes debo advertirle á mi principal....
- D. FERN. Y luego?...
- CÁRLOS. Sí, sí; mas se acerca alguno, y yo no tengo derecho... á que.... aquí....
- D. FERN. Á Dios, y no olvides la incertidumbre que llevo.
- CÁRLOS. Oh! no....

ESCENA XII.

Dichos, y el SEÑOR DE LARA.

DON FERNANDO y ADELA se dirigen á la puerta derecha; el primero sale delante. CÁRLOS, en medio de la escena, les ve marchar, sin reparar en el SEÑOR DE LARA, que aparece en la puerta izquierda. Ni ADELA ni su padre le han visto. El anciano desaparece, y entonces ADELA se vuelve para CÁRLOS.

LARA. (Aparte.) ¡Quién es esa joven!
ADELA. No digas, Cárlos....
LARA. (Aparte.) ¡Qué yeo!
Acaso me engañaré!
ADELA. Tu principal!
CARLOS. Oh! fué vana
mi....
LARA. Quién? (Á Adela.) Señora....
CARLOS. Es mi hermana.
LARA. ¡Cómo! ¡Su hermana de usted!
perdon: no la conocí;
(Con intencion.) su aspecto á fé no revela....
CARLOS. Dios mio! es verdad! Adela,
ah! por qué has venido así?
ADELA. Yo....
CARLOS. Vete.
LARA. Estoy á sus piés.
CÁRLOS. ¿No te dije?...
ADELA. Oye.
LARA. (Aparte.) ¿Qué espero?
CÁRLOS. (Aparte.) ¡Qué pensarán!
ADELA. Caballero....
LARA. (Aparte, viéndola salir, con amargura y cólera.)
Ah! tiene razon Andres!

ESCENA XIII.

El SEÑOR DE LARA: CÁRLOS.

CÁRLOS. (Aparte.) Desgraciada! si supiera....
LARA. (Aparte.) La aleja! ocultar pretende....
su mismo empeño le vende:
¡él me estafa, sí, él era!
Saldrá de esta casa!

- CÁRLOS. (Aparte.) Oh!
solo estoy para ampararlos,
y debo quedarme.
- LARA. Cárlos:
tenía que hablarle.
- CARLOS. Y yo.
- LARA. Hace un momento que aquí,
y al parecer indeciso,
me pidió usted el permiso
para alejarse.
- CÁRLOS. Es así.
- LARA. Y aunque mucho lo extrañé,
solo al escuchar su acento
no tardé un solo momento
en concedérselo á usted.
Ahora tengo que añadir....
- CÁRLOS. Le ruego que no concluya,
pues no es la licencia suya
lo que le vengo á pedir.
Antes, por causas que yo
siento, y que vencer no puedo,
vengo á decir que me quedo.
- LARA. Que no se marcha usted?
- CARLOS. No.
- LARA. No comprendo la razon.
- CARLOS. Desgracias son que deplora
el alma, pero....
- LARA. Yo ahora
no le pido explicacion.
Mas no pudiendo dudar,
al ver cuanto le rodea,
que usted acaso desea
dejar aquí su lugar....
- CARLOS. Yo!
- LARA. Que ya no ha menester
su plaza, de ella he dispuesto.
- CARLOS. (Con dolor y asombro.)
Dios mio! pero ¿qué es esto?
- LARA. Advertirle es mi deber
que desde hoy....
- CARLOS. Me vuelvo loco!
mas....
- LARA. Á decir me limito,

que yo ya no necesite
de sus servicios tampoco.

CARLOS. ¡Despedido! y... qué razon?...

LARA. ¡Harto trabajo me cuesta!

CARLOS. Mas, ¿qué he hecho?

LARA. (Con severidad.) La respuesta
pídala á su corazón.

CARLOS. (Aparte.) Sabe mi amor!

LARA. Ese afan....

esa turbacion....

CARLOS. Oh!

LARA. Calma!

CARLOS. Es, que mis padres del alma

van á quedarse sin pan!

Óigame usted por favor;

porque si es mia la culpa

yo haré....

LARA. Cárlos! no hay disculpa,

si usted confiesa su error.

Á pesar de la evidencia

dudaba aun; mas al oírle,

solo me resta decirle

que desde hoy más su presencia

aquí....

CARLOS. Si fal fué el agravio;

si con tal rigor me acusa....

LARA. (Con indignacion.) ¡Y ni siquiera una excusa

sabe formular su labio!

CARLOS. Oh! si en su pecho de usted

quedan de piedad destellos,

¡mis padres!...

LARA. Me duelo de ellos!

le juro que callaré.

Por no amargar su vejez

le despido en este instante

así: mas de hoy adelante

no olvide usted la honradez.

ESCENA XIV.

CARLOS, despues LUIS.

CARLOS. Dios mio, ¿qué es lo que oí?
y yo no tengo derecho

á exigir... pero, ¿qué he hecho
para ser tratado así?
Oh! sabe el amor, no hay duda,
que fué mi encanto y mi bien!
mas.... debe saber tambien
que mi boca estuvo muda:
que guardé en mi corazon...
mas ¡ay! ¡ya sé mi delito!
¡en mi frente llevo escrito
de la pobreza el baldon!
¡por eso tan solo así
he sido arrojado hoy!
por eso tan solo, estoy
hoy despedido de aquí:
¡despedido! y á la par
Miguel.... ¡no sé lo que digo!
¡y sin amparo ni abrigo
mis padres van á quedar!
¡mis pobres padres! el llanto
brotó á este recuerdo impío;
¡son tan ancianos, Dios mio!
Dios mio, y ¡les amo tanto!
¿dónde, de su bien en pos,
llegaré apoyo pidiendo?
¿dónde iré á ganar gimiendo
el sustento de los dos?
¿dónde, dónde iré á llevar
mi amargura y mi tormento?
¿dónde este dolor que siento
podré en mi pena ocultar?
oh! qué haré! mi corazon
por ellos se angustia y llora;
Dios mio, Dios mio, ahora
iluminad mi razon!

LUIS. (Entrando.) Carlos, ¿se fué ya María?
dime....

CARLOS. María! infeliz!
qué recuerdo! pero.... Luis,
si él quisiera.... oh! Dios le envía!
ven, ven.

LUIS. Me llamabas?

CARLOS. Sí.

LUIS. Estás pálido!

- CARLOS. No sé:
mas responde.
- LUIS. Sí lo haré,
que me pesa verte así.
- CARLOS. Sufro, y mi amargura crece,
si tú me niegas....
- LUIS. No acabes:
soy tu amigo, y ya lo sabes,
mi vida te pertenece.
- CARLOS. Ah!
- LUIS. Me hicieras un ultraje
en dudar, y eres dueño....
- CARLOS. (Agitado.) Dime, ¿tienes mucho empeño
en hacer ese viaje?
- LUIS. Yo! por qué?
- CÁRLOS. Á jurarme vas....
- LUIS. No es preciso: ya te he dicho
que era el hacerlo un capricho,
pero un capricho no más.
Solo vivo, y el partir
juzgo que mi bien concilia:
al que no tiene familia
¿qué le importa el porvenir?
¿qué le importa, al que vivió
sin cariño en sus hogares,
hallar la tumba en los mares
ó en la tierra en que nació?
- CÁRLOS. Entonces, voy á exigir,
de nuestra amistad en nombre,
que me dejes.... no te asombre,
en lugar tuyo partir.
- LUIS. Tú que siempre con horror
mirabas.... pero ¿qué es esto?
- CARLOS. Es.... que te pido tu puesto
como el último favor.
- LUIS. Antes, lo que te ha pasado
necesito comprender.
- CARLOS. ¿No te basta con saber
que sufro y soy desgraciado?
- LUIS. Sí; mas....
Que en tu decision
está mi sola esperanza?
que yo....

- LUIS. Aunque no se me alcanza,
ni comprendo la razon,
en ello consiento, sí;
hay en la vida reveses....
- CARLOS. ¡Gracias, Luis, gracias mil veces
por mi familia y por mí!
que aunque á perder así va
el amor de su existencia,
á lo menos en mi ausencia
de nada carecerá!
- LUIS. Y aquí?...
CÁRLOS. Nada puedo hacer!
- LUIS. Tu sueldo?...
- CÁRLOS. Estoy despedido.
- LUIS. Tú!
- CÁRLOS. Sí.
- LUIS. ¿Y Miguel?
- CÁRLOS. Se ha vendido,
y soldado debe ser;
por eso....
- LUIS. Mas, ir tan lejos!
- CARLOS. Si él se va y yo no trabajo,
dí: ¿qué será?...
- LUIS. Habla más bajo.
- CARLOS. De esa niña y de esos viejos?
- LUIS. Es que María....
- CARLOS. Ella!
- LUIS. Hacer
tu suerte puede de fijo.
- CÁRLOS. Muere en el alma de un hijo
el amor, ante el deber.
- LUIS. Mas dejarla....
- CARLOS. Era María,
blanca estrella de mi cielo!
Y hoy te habló?
- CARLOS. Á darme un consuelo,
solo dijo que venia,
y aquí un suspiro exhaló
que alentó mi confianza;
¡pura flor de mi esperanza
que entre sus lábios brotó!
el viento de la afliccion
sus leves hojas marchita;

mas, me llevo su bendita
memoria en mi corazon.
Pero yo no debo aquí
recordar.... ¡nada consigo!

LUIS. Mas....

CÁRLOS. ¿Quieres venir conmigo
á hablar con don Pedro?

LUIS. Sí,
yo le diré....

CÁRLOS. Y haga Dios
que no se muestre contrario;
ven, y así....

LUIS. No es necesario:
por allí vienen los dos.

ESCENA XV.

Dichos, DON PEDRO y el SEÑOR DE LARA.

Salen hablando del despacho del último, y bajan á la escena sin
reparar en los jóvenes hasta que lo marca el diálogo.

LARA. Con que al fin era verdad?

D. PED. Yo ese recibo tenia
que entre otros....

LARA. ¡Y yo creia
perdida esa cantidad!

D. PED. Tuya la equivocacion
fué tan solo, y lo he notado
por....

LARA. ¡Qué peso me has quitado
de encima del corazon!

D. PED. De veras?

LARA. Te explicaré....
ah! juntos aqui!

CÁRLOS. (Á Lara.) Señor,
en busca íbamos....

LUIS. (Á Carlos.) Valor!

LARA. (Á ídem.) Sí?

CÁRLOS. De don Pedro y de usted.

LUIS. Le íbamos á suplicar....

CÁRLOS. (Á don Pedro.) Luis, marchar no necesita,
y le ruego que permita
que yo vaya en su lugar.

- D. PED. Cómo! usted?
- LUIS. Me suplicó....
- D. PED. Sin duda Carlos se olvida....
- CARLOS. Va en ello más que mi vida:
no me diga usted que no.
- D. PED. Pero Luis...?
- CARLOS. Con él aquí
hablé, y á mi ruego cede.
- D. PED. Pues si él su puesto concede....
- CARLOS. Entonces, usted...?
- D. PED. Bien, sí,
no hay dificultad ninguna.
- CARLOS. Con que iré?
- LUIS. Ensancha tu seno!
- D. PED. Usted es un jóven bueno,
digno de mejor fortuna.
- CARLOS. Gracias! yo bendeciré
su nombre siempre.
- LARA. (Aparte.) Qué idea!
este empeño tal vez sea
porque yo aquí... mas ¿qué haré?
- CARLOS. Ahora le voy á exigir
su indulgencia, pues....
- D. PED. ¿Qué resta?
- CARLOS. Dios sabe cuánto me cuesta
lo que le voy á pedir!
- LUIS. (Aparte.) Qué querrá!
- CARLOS. Dicen que llevo
una ganancia brillante?
- D. PED. Sí.
- CARLOS. Pues bien; en este instante....
yo quisiera.... ¿no me atrevo!
- D. PED. Por qué esa vacilacion?
- CARLOS. Por... aunque es mi suerte triste,
¿cree usted que un resto existe
de honor en mi corazon?
- LARA. (Aparte.) Oh! si en esa duda está,
yo le diré el error mio;
mas solos.
- D. PED. Yo, en usted fio
igual que en mí mismo.
- CARLOS. Ah!
me comprende usted.

- D. PED. Dudar!
- oh! no.
- CÁRLOS. Pues bien; ahora quiero
la mitad de ese dinero
que lejos he de ganar.
- LUIS. Cárlos....
- CÁRLOS. ¡Solo la mitad!
y en tan remotas orillas
le serviré de rodillas
bendiciendo su bondad.
- LARA. Ese empeño....
- D. PED. Vamos, calma;
sosiegue usted sus enojos,
que estoy leyendo en sus ojos
la agitacion de su alma.
- CÁRLOS. Es que....
- D. PED. Hable usted sin cuidado:
sé que á su familia adora,
y nunca intentó hasta ahora
separarse de su lado.
¿Por qué hoy se quiere alejar
olvidando su ternura?
Si esto fuera una locura
de jóven, debo evitar
que realice....
- CÁRLOS. No lo es!
El infortunio me abruma,
mas....
- D. PED. (Con bondad.) Y, para qué esa suma
quiere con tanto interés?
- LARA. (Aparte.) Y, no, yo no puedo ahora
decirle.... luego.
- D. PED. Sintiera,
que usted, sin pensarlo, hiciera
alguna calaverada.
- LUIS. Habla!
- CÁRLOS. (Con emocion creciente.) Anheo ese dinero,
no para un capricho vano;
es.... por salvar á mi hermano
que es soldado y yo no quiero.
Para que vuelva mañana
de nuestro hogar al calor,
y que aliente con su amor

á mi pobre madre anciana.
Tambien le quiero, ¡ay de mí!
para dárselo á mi padre,
aunque su pecho taladre
el precio á que le adquirí:
para cuidar su existencia,
para calmar su tormento,
para que tengan sustento
durante mi larga ausencia
para poderles decir
el amor del alma mía,
y aunque lejos, que algun día
me bendigan al morir!
Ya sabe usted mi interés,
y porque esa suma quiero!...
y ya vé usted caballero,
que una locura no es!

LUIS.

Carlos!

LARA.

(Aparte.) Ah!

D. PED.

Tiene razon:

esa mano; yo confio....

¡Vale usted mucho, hijo mio!

¡mucho! mas.... esa emocion!

CARLOS.

No la pretendo ocultar:

y si hoy aqui mi faz sella,

no me avergüenzo por ella,

que no es un crimen llorar:

vacilo al pensar que aqui

queda cuanto amo en el mundo;

vacilo, al ver el profundo

vacío que llevo en mí....

al saber y al recordar

que en mi doliente amargura,

me obliga la desventura,

patria y familia á dejar;

y en tan distante region

vendrá la noche á envolverme,

de mi madre sin traerme

la postrera bendicton!

LUIS.

Repára....

CARLOS.

Es verdad! olvido

que no debo.... ahora.... si puede,

diga usted si me concede

el favor que le he pedido.
D. PED. Sí, amigo mio, lo haré:
pida usted, pida sin tasa.
LARA. Aquí puedes....
D. PED. No, en mi casa:
Luis, ¿nos acompaña usted?
LUIS. Bien.
LARA. (Aparte.) Oh! le habré de decir....
(Á Carlos.) Aquí hablarle á se las luego
quiero. Carlos, yo le ruego....
CÁRLOS. Volveré antes de partir.

ESCENA XVI.

EL SEÑOR DE LARA; despues MARÍA.

LARA. Carlos! oh! loco me hallaba
cuando un momento dudé....
mas sus palabras.... no sé....
MARÍA. Se marcha!
LARA. Oíste?
MARÍA. Allí estaba!
LARA. Pero tú lloras!
MARÍA. Ay! padre,
este llanto, si viviera,
á depositarlo fuera
en el pecho de mi madre!
LARA. ¿Qué estás diciendo?
MARÍA. Ay de mí!
perdí mi dicha y mi calma
por siempre!
LARA. No, hija del alma,
no, porque aun estoy yo aquí!
MARÍA. Pues en tu seno de amor
recibe....
LARA. Tu voz me aterra!
MARÍA. Esta lágrima que encierra
padre, mi primer dolor.
LARA. (Aparte.) Qué sospecha! (Á María.) Á la verdad
yo no te comprendo!
MARÍA. Ay triste!
que anhelabas no dijiste
solo mi felicidad?

LARA.

Si!

MARÍA.

Pues si vas de ella en pos,
haz tú que....

LARA.

María, calla!

MARÍA.

¡Haz que Carlos no se vaya!
¡que no se vaya.... por Dios!!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del PRIMER ACTO.—Es de noche.

ESCENA I.

ADELA.

Me engaña mi afán: creí
que estaba Cárlos de vuelta,
y que el rumor de sus pasos
percibía en la escalera;
¿y Miguel? ¿dónde estará?
hoy aquí por vez primera
lleno de angustia y temores,
notó el corazón su ausencia!
Oh! ahora sí que es verdad,
y que alguno sube.

ESCENA II.

Dicha: MIGUEL.

MIGUEL. Adela.
ADELA. Ah! que es Miguel!
MIGUEL. Sí, yo soy!
ADELA. Gracias á Dios que te veo!
MIGUEL. Me esperabas?
ADELA. Ya lo creo!
mas ¿dónde has estado hoy?
MIGUEL. En....

- ADELA. Nuestra madre tenia
tal inquietud, tal cuidado!
- MIGUEL. ¿Y tú?
- ADELA. Yo....
- MIGUEL. Acaso, has pensado
tambien en mí, Adela mia?
- ADELA. Aun no sé si deberé
enfadarme ó perdonarte.
- MIGUEL. Tú?
- ADELA. Por ventura, en qué parte
has pasado el dia sé?
- MIGUEL. Yo te juro....
- ADELA. Excusa vana:
si me amaras....
- MIGUEL. Yo te ruego....
- ADELA. (Con cariñosa reconvencción.)
Tener aquí sin sosiego
á su madre y á su hermana!
no venir al despertar
como siempre....
- MIGUEL. Injusta eres!
- ADELA. Á decirias que las quieres.
- MIGUEL. Y lo has podido dudar?
- ADELA. Casi me encuentro indecisa.
- MIGUEL. No juzgues, Adela, agravios
lo que es amor; y en tus labios
brille para mí la risa.
- ADELA. (Cariñosa y con coqueteria.)
Y es amor estar ausente
sin decir?...
- MIGUEL. Tu enfado deja,
y no con reproche y queja
pagues este afan ardiente.
- ADELA. Es que, Carlos, sin razon
casi me acusó.
- MIGUEL. ¿Qué dijo?
- ADELA. No lo recuerdo de fijo,
mas me oprimió el corazon.
Y no sé lo que temí,
que en medio de mis enojos,
acudió el llanto á mis ojos
y temblé, Miguel, por tí.
Cref no volverte á ver:

qué sé yo! y que no te riña
quieres luego?

MIGUEL. (Aparte.) Pobre niña!
Oh! cuando llegue á saber!
recordando su pesar
mi corazón se estrémecel!

ADELA. Esto castigo merece.

MIGUEL. Adela!

ADELA. Y voy á pensar....
mas, que perdone me advierte
mi corazón agitado,
pues borra el dolor pasado
la inmensa dicha de verte.
Pero una condicion mia
has de aceptar.

MIGUEL. Y cuál es?

ADELA. Que no pases otra vez
ausente de casa un dia.

MIGUEL. Ah!

ADELA. Lo juras?

MIGUEL. Para qué?

ADELA. Porque quiero estar segura
que nuestra dulce ternura
no olvides.

MIGUEL. Jamás lo haré.

ADELA. Hay algunos que no cuidan
de la afliccion que en pos dejan,
y....

MIGUEL. Todos los que se alejan
no son ingratos, ni olvidan!
muchos, de triste agonía
llevan un mundo en el alma,
y ni nunca esperan calma
ni esperan nunca alegría:
y sin embargo, en los lazos
sujetos de su destino,
emprenden ¡ay! su camino
con el alma hecha pedazos;
y van de su suerte en pos
agotando su quebranto,
mientras su angustia y su llanto
tan solo comprende Dios!

ADELA. Miguel, por qué hablas así?

me causa pena el oírte.

MIGUEL. Hoy necesito decirte
cuanto pasa, Adela, en mí.
Juntos, en dulce quietud
pasamos nuestra existencia:
á la edad de la inocencia
sucedió la juventud:
de entonces en mi ilusión
te consagré, hermana mía,
todo el afecto que había
guardado en mi corazón.

ADELA. No digas....

MIGUEL. Te amé, al mirar
tu dulce y santa belleza,
con la tranquila pureza
que puede un ángel amar.
Mas tu fé, no te pidió
mi pecho en su afán violento,
ni te exigió un juramento,
ni dudar se me ocurrió:
porque en mi ciega pasión
al contemplarte, creía
que el cielo formado había
para mí, tu corazón.

ADELA. Y hoy dudas?

MIGUEL. No dudo: mas
si quieres darme la calma,
dime que este amor del alma
no vas á olvidar jamás.
Júrame, que si algún día
por mi desgracia te pierdo,
conservarás un recuerdo
de tu ternura y la mía;
di....

ADELA. No puedo comprender
cuanto escuchándote estoy,
por qué exiges de mí hoy
lo que no exigiste ayer;
dime ¿qué mudanza es esta,
ó dime, si lo prefieres,
por qué en tal momento quieres
que yo te dé una respuesta?
pues al escucharte aquí,

me agita un temor cruel:
¿qué es lo que pasa, Miguel,
para que me hables así?
MIGUEL. Oh! nada; yo te lo juro!
(Aparte.) turbar su calma inocente!
ADELA. Entonces, mira el presente,
pero olvida lo futuro.
Y no me inquietes, por Dios;
pues tú y Carlos, cierta estoy,
os habeis propuesto hoy
á entristecerme los dos.
Mira, él viene.

ESCENA III.

Dichos y CARLOS.

MIGUEL. (Aparte.) Estoy dudando...
CARLOS. ¿Y nuestros padres, Adela?
ADELA. Ambos, inquietos y en vela
allí te están aguardando;
como es tarde....
CARLOS. Miguel!
MIGUEL. Sí.
ADELA. Era tanto su desvelo
que los dos....
CARLOS. (Aparte.) Gracias al cielo,
que pude encontrarle aquí!
le diré... mas no; él acaso
á mi marcha se opondría
cuando vengo á... (Á Adela.) Hermana mia,
déjanos solos.
ADELA. De paso
á nuestra madre....
CARLOS. Lo apruebo.
ADELA. Diré que viniste ya.
(Aparte.) Y así no reparará
que aun llevo mi traje nuevo.

ESCENA IV.

CÁRLOS. MIGUEL.

CÁRLOS. Le has dicho, Miguel?...
MIGUEL. Oh! nada!

temí causarla un pesar;
temí con llanto empañar
de sus ojos la mirada.

CÁRLOS. Cuando acá me dirigi,
no juzgué que te iba á ver.

MIGUEL. Aunque pensé no volver,
el alma me trajo aquí.
Si en breve me he de alejar,
si habremos de estar distantes
¿por qué perder los instantes
que aun puedo á su lado estar?

CÁRLOS. Tanto la quieres?
MIGUEL. Oh! sí!

como á un ensueño de gloria,
como á la santa memoria
de la madre que perdí.

CÁRLOS. Luego tu felicidad
á su lado encontrarías,
y á ella dichosa la harías,
muy dichosa, no es verdad?

MIGUEL. Carlos!

CÁRLOS. ¿Para ellos también
serías, de afecto lleno,
un hijo amoroso y bueno,
y un consuelo y un sosten?

MIGUEL. Á qué lo he de repetir.
si en esta casa se encierra
mi único bien en la tierra
y mi solo porvenir.
Pero en momento tan grave,
recordar esto es cruel!

CÁRLOS. Y si te quedas, Miguel?

MIGUEL. Que si me quedo!

CÁRLOS. Quién sabe!

MIGUEL. Calla!

CÁRLOS. Firmaste el papel

- que de libertad te priva?
- MIGUEL. Aun no pudo ser; yo iba á estampar mi firma en él, mas fué forzoso además....
- CARLOS. Y el dinero te entregaron?
- MIGUEL. De mi honradez se fiaron y así me obligaron más.
- CARLOS. Entonces, si devolver la suma fuera posible?...
- MIGUEL. Carlos, eso es imposible; eso nunca puede ser; y vé que mi pena olvidas, y no es en verdad razon jugar con el corazon entre esperanzas mentidas.
- CÁRLOS. Y si yo te juro aquí que haré....
- MIGUEL. Dime....
- CÁRLOS. Sé discreto: deja que guarde el secreto, mas ten confianza en mí.
- MIGUEL. Cómo! qué dices? tú puedes.... vamos, es un desvario el pensar....
- CARLOS. Hermano mio, yo puedo hacer que te quedes.
- MIGUEL. No me convences: creerte, Carlos, con el alma quiero; mas debo saber primero de qué medio has de valerte.
- CÁRLOS. Te empeñas?... (Aparte.) Finjamos!
- MIGUEL. Sí
- CÁRLOS. Hoy mi principal....
- MIGUEL. Acaba.
- CÁRLOS. Vió el pesar que me angustiaba al separarte de mí: la causa me preguntó, yo.... se la dije al momento; y él con cariñoso acento remediarla me ofreció: yo dudé... sentia tanto... mas de un modo allí me instó, que el cabo....

MIGUEL.

Qué?

CARLOS.

Me obligó

á aceptar como adelanto....

MIGUEL.

Y

podrá?...

CARLOS.

Puede bastar,

á que el duelo en gozo mudes.

MIGUEL.

Es posible!

CÁRLOS.

No lo dudes;

mañana te habré de dar....

MIGUEL.

Cuánto te debo!

CÁRLOS.

No, no!

MIGUEL.

Si vieras cuánto sufría!

la amargura que sentía

vieron solo Dios y yo!

Partir! oh! nunca sabrás

lo que estaba padeciendo.

CÁRLOS.

Hermano, yo lo comprendo:

sí, ¡lo comprendo demás!

MIGUEL.

Jamás podemos saber

cuánto á los nuestros amamos,

hasta que á pensar llegamos

que los vamos á perder!

CÁRLOS.

Miguel!

MIGUEL.

Déjame gozar:

me parece en mi alegría

que ya perdido os había

y que ahora os vuelvo á encontrar.

Ya siempre estarás conmigo:

juntos todos: no es verdad?

qué mayor felicidad?

CARLOS.

Anda á hacer lo que te digo;

vé á buscar....

MIGUEL.

En tí confío!

cuanto soy te pertenece.

CÁRLOS.

Calla: esto solo merece....

un abrazo, hermano mio!

MIGUEL.

Con el alma!

CÁRLOS.

(Aparte.) ¡Cuánta hiel,

y cuánto pesar devoro!

(Á Miguel.) Volverás pronto?

MIGUEL.

Lo ignoro.

CARLOS.

Entonces.... á Dios, Miguel!

ESCENA V.

CÁRLOS: despues DON FERNANDO; DOÑA ISABEL.

CARLOS. Anda en pos de la ventura!
dichoso él que aquí se queda,
y Dios haga que yo pueda
soportar esta amargura.

Mis padres... voy á saber
donde están: á verlos voy,
y temo, y dudo, y estoy
cual si un crimen fuera á hacer.
Corazon, aunque yo muera,
tu dolor oculto ten:

¡que no sepan que me ven
quizá, por la vez postrera!

D. FERN. (Entrando.) Ven, Isabel, aquí está,
Adela le vió.

D.ª ISAB. Mi anhelo
al fin va á calmar el cielo,
porque Cárlos nos dirá
la causa de que su hermano
esté fuera todo el dia.

CÁRLOS. Si ha venido, madre mia;
esa inquietud es en vano.

D. FERN. Yo no le he visto.

CÁRLOS. Yo sí!

D. FERN. Y ha vuelto á salir sin vernos?

D.ª ISAB. Con tal cuidado tenernos,
sin pensar...

CÁRLOS. Muy pronto aquí
estará ya.

D. FERN. No concibo
entonces, ni entender sé,
lo que antes dijiste.

CÁRLOS. Fué...
que me alarmé sin motivo.

D. FERN. Es de veras?

CARLOS. Si señor;
sin razon tuve cuidado.

D. FERN. Qué mal rato me has causado
con tu infundado temor!

Al escucharte, creí
que algun mal nos esperaba,
y sin saber qué pasaba,
Cárlos, todo lo temí.

Mi única ventura, es
vuestro amor, y tengo miedo
si pienso que perder puedo
á cualquiera de los tres!

Es al corazon tan cara
vuestra presencia querida,
que yo....

D.^a ISAB. Si sois nuestra vida!
mas ¿viste al señor de Lara?
di: le pudistes hablar
hoy de tu marcha?

CARLOS. Allí ahora....

D.^a ISAB. Y consiente?

CÁRLOS. Sí señora.

oh! sí: me deja marchar!

D.^a ISAB. El cielo le haga dichoso
por su indulgencia contigo!

CARLOS. Sí, madre mia, hoy conmigo
ha sido.... muy bondadoso.

D. FERN. Aunque turbe mi quietud
este viaje, hijo mio,
yo le anhele, pues confío
que ha de darte la salud.

D.^a ISAB. Si pudieras comprender
con cuánta fe y alegría
voy, hijo, á esperar el dia
en que he de volverte á ver!
Veinte dias, ¿es verdad?
ni uno mas; pero en mi pena,
para el alma de afan llena
scrán una eternidad!

CARLOS. Madre, madre, por favor;
esto el corazon amarga!

D.^a ISAB. Si fuera una ausencia larga,
me mataria el dolor.

D. FERN. Pero ¿á qué vas á pensar
en ese soñado duelo,
si nunca, gracias al cielo,
nos hemos de separar?

Si de dicha en santa prenda,
Dios, que de los padres cuida,
nos deja que de la vida
juntos crucemos la senda?
Desgraciado el que sin calma,
si el infortunio le hiere,
lejos vive, ó lejos muere
de las prendas de su alma:
y respirando otras brisas,
no tiene en extraños lares
quien endulce sus pesares,
quien comparta sus sonrisas. •

CARLOS. (Aparte.) ¡Oh!

D. FERN. Y felices de nosotros,
que unidos así vivimos,
y esas penas no sentimos
que sufrea y sienten otros.

D.^a ISAB. Yo esos dolores prolijos
comprendo, y en mi sosiego
por las tristes madres ruego,
separadas de sus hijos.

CARLOS. (Aparte.) Dios mio, esto es demasiado,
y si Tú no me sostienes,
no puedo!

D. FERN. Pero ¿qué tienes?

CARLOS. Nada... es que estoy fatigado.

D.^a ISAB. ¿Cários!

CARLOS. Hoy ha sido un día
muy penoso para mí!

D.^a ISAB. Trabajaste mucho?

CARLOS. Sí.

Mas que nunca, madre mia.

D.^a ISAB. Y no poder!...

(Se oye á lo lejos las campanadas de las diez en un
reloj; Cários se estremece y no se puede dominar.)

CARLOS. ¡Ah!

D. FERN. Qué es?

CÁRIOS. Es.... (Aparte.) Y Luis á venir vá!

D.^a ISAB. Dices?...

CARLOS. Que.... es tan tarde ya,
que quisiera....

D. FERN. Son las diez.

CÁRIOS. Pero.... segun su costumbre

ya debieran.... (Aparte.) Es cruel!
D.^a ISAB. Mas, ¿y si vuelve Miguel?

CÁRLOS. No pase usted pesadumbre,
que yo le puedo esperar.

D.^a ISAB. Tí, hijo mío!

CÁRLOS. Y ambos luego....

D.^a ISAB. No!

CÁRLOS. Ceda usted á mi ruego,
y vayan á descansar.

D. FERN. Por qué es ese afán?

CÁRLOS. No hay tal;
acaso en mí se revela?

D. FERN. Cref....

CÁRLOS. El estar más en vela
podiera causarles mal.

D.^a ISAB. Ves? por nosotros se afana.

D. FERN. Es verdad!

D.^a ISAB. Y luego quieres....

D. FERN. Yo....

D.^a ISAB. Carlos, qué bueno eres!

CÁRLOS. (Aparte.) Oh! me ahogo!

D.^a ISAB. Hasta mañana.

D. FERN. Á Dios, sí: no más reproches.

(Doña Isabel se dirige á su cuarto: al verla próxima á desaparecer, Carlos no puede contenerse y exclama con un grito del alma:

CÁRLOS. Madre!

D.^a ISAB. (Volviendo.) Qué?

CÁRLOS. (Dominándose con gran trabajo.) Nada!

D.^a ISAB. Creia
que llamaste.

CÁRLOS. Madre mia,
es....

D.^a ISAB. Habla.

CÁRLOS. Es.... es.... que otras noches....

D.^a ISAB. Sigue....

CÁRLOS. Ahora recuerdo aquí,
con su dulce amor ufano,
que.... me dió á besar su mano
al separarse de mí.

D.^a ISAB. Oh! toma, y mi vida en pos,
no lo sabes?

D. FERN. Ese empeño....

CARLOS. Ah! sí.

(Cárlos toma la mano de su madre, y al besarla apoya la frente en ella; despues se dirige á su padre y besa tambien su mano, procurando ocultar su llanto y su gran emocion.)

D.^a ISAB. Dios vele tu sueño,
hijo mio.

CARLOS. Padre!

D. FERN. Á Dios.

ESCENA VI.

CÁRLOS.

(Con explosion de sentimiento.)

¡Á Dios tranquilo y suave
amor puro de mi ser
que ya en el alma no cabe!
¡á Dios los dos! ¡ay! ¡quién sabe
si he de volverlos á ver!
Lleno de angustia inhumana
les vi alejarse de mí:
¿cuál será su pena insana
cuando despierten mañana
y no me encuentren aquí!
Parece que estoy oyendo
sus gemidos de afliccion:
que llorar les estoy viendo:
parece que estoy sintiendo
su duelo en mi corazon.
Valor! les escribiré,
y así despues que yo parta,
el triste á Dios les daré:
mas, cómo empiezo mi carta?
qué les digo? no lo sé!
preciso es romper los lazos
de mi vida y mi ilusion
y arrancarme de sus brazos:
vamos, no te hagas pedazos,
no te rompas, corazon:
que si hoy no lates sereno,
si te aboga el padecer,
puedes decir de fé lleno
que eres el de un hijo bueno

y cumple con tu deber.

(Sentándose á la mesa y escribiendo.)

¡Padre mio! ¡pobre anciano!

nada le debo ocultar:

le diré.... ¡consuelo vano!

¡ay! que me tiembla la mano

estas líneas al trazar!

(Escribe algunos momentos, antes de la entrada de Luis)

ESCENA VII.

CÁRLOS, LUIS.

LUIS. (Entrando.) Cárlos!

CARLOS. Eres tú?

LUIS. Yo soy!

CARLOS. Al fin!

LUIS. Pues dudaste de ello?
no te ofrecí que vendría?

CARLOS. Oh! sí.

LUIS. Que en estos momentos
me tendrías á tu lado
para animarte?

CARLOS. Sí, pero....
yo temía....

LUIS. Mas, qué haces?
á quién estás escribiendo?

CARLOS. Á mis padres.

LUIS. Cómo!

CÁRLOS. Luis,
así me despido de ellos.

LUIS. Ah!

CARLOS. No he tenido valor
de decirles que me ausento,
temiendo su justa pena
y sus lágrimas temiendo.

LUIS. Mas....

CÁRLOS. Qué quieres? me aman tanto!

LUIS. Nada saben segun eso?

CÁRLOS. Nada: que se retirasen
conseguí con un pretexto,
y tal vez en este instante
cierran sus ojos al sueño,

- sin sospechar que mañana
su despertar será el duelo.
- LUIS. Cárlos....
- CÁRLOS. Sin pensar siquiera,
ni temer por un momento
¡ay! que el hijo de su alma
se encuentra lejos, muy lejos!
- LUIS. Has hecho bien: así evitas
dar pábulo al sentimiento,
que una despedida mata
y acrecienta el desconsuelo.
- CÁRLOS. En esta carta pondré
los billetes.... (Cerrando la carta.)
- LUIS. El dinero?
- CÁRLOS. Que debo á la confianza
y á la bondad de don Pedro.
Ya está.
- LUIS. Mas, los pones todos!
y tú?
- CÁRLOS. Luis, yo nada quiero:
con esta suma podrá
Miguel ser libre de nuevo:
lo restante bastará
á que tengan mucho tiempo
para vivir; y si acaso
algo les falta, yo cuento
contigo siempre; es verdad?
- LUIS. Sí. Cárlos, puedes hacerlo.
- CÁRLOS. Tú vendrás todos los días
á consolarles, no es cierto?
á hablarles de mí, á decirles
que al partir....
- LUIS. Te lo prometo:
mas recuerda que á las doce....
- CÁRLOS. Es verdad; cuán poco debo
estar aquí ya!
- LUIS. No puedes
perder un solo momento.
Si al fin vas á despedirte
del señor de Lara, creo
que ahora mismo....
- CÁRLOS. Sí, es forzoso!
- LUIS. Entonces.... pero, vacilas?

dudas ahora?

CÁRLOS. Es que me de-
prendas que me son tan caras,
que al ir á ardentarme siento
que aquí se queda con ellas
roto en pedazos el pecho.

LUIS. Hé! ten valor, y sé hombre:
vamos ya.

CÁRLOS. No sé qué siento:
quiero dejar esta casa
y dar un paso no puedo:
¡mis padres, mis pobres padres!
¡ah!

LUIS. Ya volverás á verlos.

CÁRLOS. Y si al volver no les hallo?

LUIS. No pienses eso.

CÁRLOS. Y si han muerto!

LUIS. ¡Ánimo!

CÁRLOS. Son tan ancianos
ellos, y yo voy tan lejos!

LUIS. Calla; vas á despertarlos;
vas así á turbar su sueño.

CÁRLOS. Conservádmelos, Dios mio!
que vivan á mi regreso!

LUIS. Ven.

CÁRLOS. Á Dios, mi pobre hogar,
tan apacible y tan bello;
dulce amor de la familia,
santo y purísimo afecto,
á Dios quizá para siempre!
¡Madre!

LUIS. Vente ya: acabemos!

(Cárls dirige una última mirada al cuarto de sus pa-
dres, y despues sigue á Luis, que le empuja hácia el
foro. La escena queda un momento sola: D.^a Isabel
aparece á la entrada de su habitacion, y despues de
prestar atención un momento, se adelanta lentamente.)

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL.

Me pareció que escuchaba
de dos voces el acento,

y que me llamaba Cárlos
creí escuchar, aunque lejos.
Madre, dijo: sí, no hay duda.
Sin embargo, nada siento;
¿si dormirá? ¿si sería
que me nombraba en su sueño?
esperaré: no percibo

(Llega hasta la puerta de Cárlos, y escucha con atención)

ni un leve rumor, ni un eco,
y no sé por qué agitado
late el corazón inquieto.

¿Si no estarán en su cuarto?

¿si habrán salido? veremos:

Cárlos, Cárlos: no responde!

(Más alto.) Cárlos, Cárlos! oh! qué es esto?

Fernando, hija mía, Adela!

venid los dos: tengo miedo!

ESCENA IX.

Dicha, DON FERNANDO, y ADELA; esta última con una luz.

ADELA. Madre!

D.^a ISAB. Hija mía! Fernando!

D. FERN. Qué tienes?

D.^a ISAB. Oh! ven aquí.

¿hay luz? respóndeme.

ADELA. Sí.

D. FERN. Mas, qué veo! estás temblando!

D.^a ISAB. Sí, que me ahoga el pesar,
y el alma turbada siento;
que en ella un presentimiento
dice que debo temblar.

D. FERN. No lo comprendo!

D.^a ISAB. Yo sí,

y haga Dios no se realice.

ADELA. (Al soltar la luz en la mesa, vé la carta que escribió
Cárlos.)

Una carta!

D.^a ISAB. Hija! y.... qué dice?

ADELA. (Leyendo el sobre.) «Á mis padres.»

D.^a ISAB. Ay de mí!

¿y es la letra de Miguel
ó....

ADELA. De Carlos.

D.^a ISAB. Yo desvarfo!

¿qué es lo que encierra, Dios mio,
en su fondo ese papel?

ADELA. En esta mesa se hallaba.

RN. Y él está en su cuarto?

D.^a ISAB. No!

que á mi voz no respondió
cuando mi voz le llamaba.

ADELA. Mas mi hermano....

D. FERN. Esto me aterra.

D.^a ISAB. Dios mio, ¿qué le ha ocurrido
que á decir no se ha atrevido
y en esta carta se encierra!

ADELA. Hace un momento le ví.

D. FERN. Dame; por ella saldremos
de dudas.

(Al abrir la carta don Fernando, caen al suelo los billetes que debió meter Carlos.)

D.^a ISAB. Lee y sabremos.

ADELA. Billetes de banco!

D. FERN. Sí!

ADELA. Oh! veamos pronto, padre.

D. FERN. (Aterrado al leer las primeras líneas.)
Dios mio!

ADELA. Qué?

D.^a ISAB. Qué agonía!

ADELA. Diga usted.

D. FERN. No; eso sería
asesinar á su madre:
no puedo acabar!

D.^a ISAB. Fernando,
ese papel, ¿qué revela?

D. FERN. No me preguntes.

D.^a ISAB. Adela,
lee tú, yo te lo mando.

ADELA. Yo....

D.^a ISAB. No ves que en mis ojos
desesperada y sin calma,
llevo la noche en el alma
llevo la noche en los ojos!

- D. FERN. En llanto el pecho se anega.
ADELA. Yo, no sé, si debería....
D.^a ISAB. Ve que es tu madre, hija mia,
tu madre quien te lo ruega.
ADELA. Padre?..
D. FERN. (Con decision.) Sí.
D.^a ISAB. Por mi ternura!
D. FERN. (Dando la carta á Adela.)
Toma y lee! á qué dudar?
yo tambien quiero apurar
esta copa de amargura!
ADELA. (Leyendo.) «Padre mio, cuando aqui
»lean este á Dios amante,
»ya me encontraré distante
»del hogar en que nací.»
D.^a ISAB. Distante dice?
ADELA. Eso es.
D.^o ISAB. No te engañas?
ADELA. No señora.
D.^a ISAB. Sigue, Adela, sigue ahora,
aunque yo muera despues.
ADELA. Oh! (Continuando la lectura.) «Miguel oido dió
»á un error que yo deploro,
»y en su desvario, el oro
»que no era suyo gastó.»
(Aparte.) ¡Qué dice! (Leyendo.) «Y al remediar
»esta falta cometida,
»iba su bien y su vida
»por siempre á sacrificar;
»mas si turbó su razon
»un momento de locura,
»hoy le salva mi ternura,
»le salva mi corazon:
»probando un cáliz de hiel
»voy á América....»
D.^a ISAB. Hijo mio!
ADELA. «Y esta suma les envio
»para ustedes, para él;
»pague así..» (Con dolor) Ay! todo lo entiendo!
yo causé su perdicion!
yo he sido! ¡padre, perdon!
D. FERN. (Con acento concentrado, cogiendola del brazo y leván-
tándola á la altura de la luz.)

Silencio! y sigue leyendo.

ADELA. (Leyendo con creciente emoción y ahogada por las lágrimas.) «Al cruzar el Océano,
»yo solo.... solo les pido
»que quieran dar al olvido
»esa falta de mi hermano;
»y en la santa embriaguez
»de su amor puro y ardiente,
»el nombre del hijo ausente
»pronuncien alguna vez;
»y usted, madre, de dolor
»cual pura y sola primicia,
»envíeme una caricia
»ó una palabra de amor,
»que la llevará á mi anhelo,
»de mi buque tras la estela,
»la Madre de Dios, que vela
»por los hijos sin consuelo.
»Mi vida dejo á los dos,
»y al valor haciendo agravio,
»apenas puede mi labio
»decirles, á Dios, á Dios!»

(Rompiendo en llanto.) ¡Ay de mí!

D. FERN. Se va á marchar!

D.ª ISAB. (Con un grito del alma.)
Hijo, á Dios! yo te bendigo:
la Virgen vaya contigo,
sobre la bruma del mar!

ADELA. Por mí!

D. FERN. Qué vas á decir?

ADELA. Yo obligué á Miguel....

D. FERN. Dios santo!

ADELA. Quise un traje: vió mi llanto,
y no supo resistir;
ayer....

D.ª ISAB. Calla; te comprendo:
dijiste.... ¡fatal idea!
(Dejándose caer en una silla.)

ADELA. Madre, mi disculpa sea
el llanto que estoy vertiendo:
perdon!

D. FERN. Oh! no, no hay perdon!
¿por qué mi voz no escuchaste?

¿por qué, responde, llenaste
de duelo mi corazón?
¿qué has hecho de la ternura
de ese jóven, que en su pecho
te hizo un altar? y qué has hecho,
dime, de nuestra ternura?

ADELA.

Dios mío!

D. FERN.

La que olvidada
del bien y de la bondad,
solo está á la vanidad
y al orgullo consagrada,
y en su funesta pasión,
bajo su falso atavío,
lleva el corazón vacío,
lleva helado el corazón,
y solo cifra su encanto
en torpes galas menguadas,
y las lleva, aunque empapadas
estén en gotas de llanto;
no....

ADELA.

Su enojo me estremece;
madre, madre! usted pudiera....

D. FERN.

Esa mujer, ni siquiera
amor ni piedad merece:
que no es el ángel á quien
en su designio divino,
puso el cielo, en el camino
del hombre, para su bien;
no es la rosa, que en su amor
de Dios el aliento agita;
es solo una flor maldita
sin aroma y sin color:
es la zarza que ocultar
puede el ramaje lozano,
mas que desgarrar la mano
del que la llega á tocar:
que gasta del mal en pos
la sávia del alma toda,
de la diosa de la moda
haciendo su solo Dios!
y en sus antojos prolijos,
si es su fortuna sucinta,
venderá por una cinta

- el pan de sus tiernos hijos!
- ADELA. Oh!
- D. FERN. De sus padres, no hará
la lenta vejez dichosa,
ni podrá ser buena esposa,
ni buena madre será.
- ADELA. Oh! no, no seré yo así!
- D. FERN. Tu afán....
- ADELA. Á olvidarlo llego,
y con lágrimas de fuego
lamento mi falta aquí:
y usted las aceptará,
que su indulgencia le abona,
y si un padre no perdona,
quien ¡ay! perdonar podrá?
- D. FERN. (Cogiéndola del brazo y señalando el traje que viste.)
Y en ese atavío vano
que tu loco empeño fija,
¿qué hay de comun con la hija
de este honrado y pobre anciano?
- ADELA. (Comprendiendo á su padre y entrando por la puerta
izquierda.)
Ah! yo lo seré: es verdad!

ESCENA X.

DOÑA ISABEL, DON FERNANDO.

- D. FERN. Isabel!
- D.^a ISAB. Desesperada,
estoy cual rama trochada
por la recia tempestad!
mi llanto á mares no brota,
que estancado en mi tormento,
caer, Fernando, le siento
en el alma gota á gota!
- D. FERN. Hijo! y habré de partir?
- D.^a ISA B. Carlos!
- D. FERN. Y á perderle vamos!
- D.^a ISAB. Mas por qué mien tras lloramos,
por qué le dejamos ir?
- D. FERN. Él dice....
- D.^a ISAB. (Con desesperacion.) Excusa mentida!

¿adónde está ese dinero?
no le quiero, no le quiero,
que es el precio de mi vida!
vamos: mas dudas! lo extrañas?
responde pronto!

D. FERN.

Isabel!

D.^a ISAB. Es, que vendemos por él
al hijo de mis entrañas!

D. FERN. Lo devolveremos, oh!
y él quedará á nuestro lado.

D.^a ISAB. Pero... y si ya se ha marchado!

D. FERN. Si se ha marchado? no, no!

D.^a ISAB. Corramos; mi frente estalla!
yo iré, le diré que exijo....

(Corre desesperada á la puerta, tropieza con un mueble
y grita, próxima á caer:)

¡Ciega! ¡Señor, que es mi hijo!
¡que no quiero que se vaya!

ESCENA XI.

Dichos, y MIGUEL.

MIGUEL. (Entrando alegremente.) Cárlos, al fin pudo ser...

D.^a ISAB. Miguel!

D. FERN. Buscas á tu hermano?
no le llames, es en vano!

MIGUEL. Cómo!

D. FERN. Ya no le has de ver!
acaso lejos de aquí!...
lee....

MIGUEL. (Tomando la carta y leyendo con rapidez.)

Mas esto qué indica?

D.^a ISAB. Que, Cárlos, se sacrifica
por nosotros, y por ti!
que quedo sin hijo!...

MIGUEL. ¡Oh!

quiere pagar mi extravío!

D. FERN. Sigue!

MIGUEL. Hermano, hermano mio!
tu cariño me engañó!
Y aquella calma mentida,
y aquel abrazo.... ahora infiero

que, era el abrazo postrero
de una triste despedida.
Y por mi causa, aquí están
mis padres llorando hoy:
¡este es el pago que doy
á tantos años de afán!
Pero eso no puede ser!

D.^a ISAB. Es verdad?

MIGUEL. No, madre mia;
yo se lo juro; seria
horrible.

D. FERN. Y qué vas á hacer?

MIGUEL. No sé: y viéndoles sufrir,
me dice mi angustia vana
que fuera una accion villana
quedarme, y dejarle ir;
que ni es justo, ni razon
que aquí por ningun pretesto
el huérfano ocupe el puesto
del hijo del corazon.
Yo iré, madre, y así espero
darles la dicha que invoco.

D. FERN. Irte tú?

D.^a ISAB. No, no: tampoco:
hijo, yo á los dos os quiero.

MIGUEL. Dios mio! y mientras, aquí
las horas perdiendo estamos;
quizás....

D. FERN. Aún será tiempo: vamos.

ESCENA XII.

Dichos, MARÍA, CÁRLOS y el SEÑOR DE LARA.

MIGUEL. ¡Eh!

D. FERN. Hijo!

D.^a ISAB. ¿Es mi Cárlos?

D. FERN. Sí!

CARLOS. Madre!

D.^a ISAB. Hijo de mis entrañas!

D. FERN. Dime....

D.^a ISAB. (Con los brazos estendidos, corriendo hacia él.)
Dónde, dónde estás?

- CARLOS. Á su lado.
- D.^a ISAB. Y... ¿no te irás?
- CÁRLOS. Nunca, madre!
- D.^a ISAB. Ay! que me engañas!
- LARA. No; que mis ruegos oyó
 Luis, y marcha en su lugar:
 vuelve de nuevo á ocupar
 el puesto que le cedió.
- D.^a ISAB. Ah! ¿quién?...
- D. FERN. El señor de Lara.
- MIGUEL. La señorita María.
- D.^a ISAB. (Bajo á Carlos.) Ella! di....
- CÁRLOS. (Idem á su madre.) Ella, madre mia,
 es el ángel que me ampara.
- LARA. (Adelantándose.) Señora, aquí su placer
 trocado en lágrimas vió,
 porque en su duelo, creyó
 que á Carlos iba á perder.
- D.^a ISAB. Sí!
- LARA. Pues de su afan quizás
 el cielo compadecido,
 le vuelve el hijo querido,
 y otro le envía además.
- D.^a ISAB. Cómo!
- MARÍA. (Acercándose con timidez.) Dice bien mi padre:
 de mi existencia en la aurora
 quedé huérfana, señora!
- D.^a ISAB. Ah!
- MARÍA. Quiere usted ser mi madre?
- D.^a ISAB. Yo, yo!
- MIGUEL. Carlos!
- CÁRLOS. No te asombres.
- D. FERN. Qué es esto? soñando estoy!
- CÁRLOS. Es, padre mio, que soy
 el más feliz de los hombres.
- LARA. Es, que cumpliendo este día
 del corazon el deber,
 le acabo de conceder
 la mano de mi María:
 su dicha labro á la vez...
- D. FERN. Es pobre....
- LARA. Sé su pobreza,
 pero más que la riqueza

vale siempre la honradez.
Y al unirlos á los dos,
ella gana, no os asombre:
el oro le adquiere el hombre,
y la virtud la dá Dios!
él venturosa la hará,
se la entrego de fé lleno,
que el que ha sido un hijo bueno
un buen esposo será.

D.ª ISAB. Un sueño se me figura!
en pos del dolor pasado
tal dicha! quién nos ha dado
tan impensada ventura?

LARA. Dios, que sus duelos prolijos
hoy por mi mano consuela
Dios mismo, que siempre vela
por los que son buenos hijos:
tan justa felicidad
su eterna palabra abona,
pues son, la santa corona
de la lenta ancianidad.

D. FERN. Los hijos, los hijos, sí.

D.ª ISAB. Uno falta á nuestro lado.

D. FERN. Adela!

D.ª ISAB. Hoy ha derramado
el cielo la dicha aquí,
y de lágrimas no es día:
si en cariño el rigor mudas,
ella....

D. FERN. Y eres madre, y dudas
que yo la perdonaría!

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos; ADELA, con el mismo traje del ACTO 1.º

ADELA. Ahora, padre... (Sorprendida.) Mas qué veo!
¡María!... ¡y él no ha partido!
¿qué es esto?

MARÍA. (Acercándose á ella con alegría y cariño)
Adela, yo he sido....

ADELA. Usted!

MARÍA. Logré mi deseo.

- ADELA. ¿Mas?...
- MARÍA. Ya venturosa soy.
- ADELA. Y él?
- MARÍA. Cese su angustia vana,
que el dulce nombre de hermana
con razon á darla voy.
- ADELA. Cómo! á creer no me atrevo!
- MARÍA. Ya tranquila....
- ADELA. Aun no, María.
- (Acercándose á D. Fernando con timidez.) Padre....
- D. FERN. Á qué vienes?
- ADELA. Venia,
á implorar perdon de nuevo:
él mi locura corrija,
que arrepentida y temblando....
- D.ª ISAB. Ven aquí: yo te lo mando.
- ADELA. Madre, yo....
- D.ª ISAB. Acércate hija.
(Tocándola con afan para convencerse que lleva su
primer traje, y exclamando con alegría:)
Quiero ver si á mí te igualas;
(Á D. Fernando.) oh! mira, vuelve á ser nuestra;
de amor y respeto en muestra,
ha renunciado á sus galas.
- ADELA. Padre.... solo su perdon....
- D. FERN. Sea, y borre mi indulgencia
faltas de la inexperiencia,
pero no del corazon.
- ADELA. (Á Miguel, con dulzura y cariño.)
Y tú, Miguel, lo pasado
olvida....
- MIGUEL. Nada me cuesta!
- D. FERN. Ven, que una jóven modesta
(Toma la mano de ambos y las estrecha con ternura.)
es digna de un hombre honrado;
mas recordando el dolor
que aquí turbó nuestra calma,
vé que las galas del alma
son el adorno mejor;
que solo de la mujer
la dulce mision serena,
consiste en ser hija buena
y ejemplo de madres ser;
y que en su santa quietud
feliz y bella se siente,
si escritas lleva en la frente
la bondad y la virtud.
Mas ese afan de brillar
que hoy á la mujer domina,
es, hija mia, la ruina
de la dicha y del hogar.

OBRAS

DE LA MISMA AUTORA

QUE SE HALLAN TERMINADAS Y Á LA VENTA.

Los señores que quieran adquirir todas las obras de la Sra. Lozano de Vilchez publicadas hasta el día, pueden hacerlo muy fácilmente, pues hemos buscado el medio de que las obtengan de una vez, y no tan paulatinamente como sería repartiéndolas por entregas, sin tener, sin embargo, que desembolsar su importe en el acto.

Todas las obras que componen la colección forman cuatro tomos folio, con mil columnas de texto y treinta grabados, conteniéndose en ellos las novelas siguientes:

TOMO I.—*Lágrimas del corazón.*—*Consuelo.*—*La paloma de los cielos.*—*La misión de una madre.*—*El noble y el mendigo.*—*Delirios de la ambición.*

TOMO II.—*Buena hija y buena esposa.*—*La flor del valle.*—*El lucero de la tarde.*—*Magdalena.*—*Culpa y perdón.*

TOMO III.—*Guirnalda de la niñez.*—*El sueño de un ángel.*—*Cecilia.*—*Juicios de Dios.*—*Una palabra perdida.*—*Luz y tinieblas.*—*La lira cristiana, poesías.*—*El ramo de violetas, idem.*—*Perlas y lágrimas, idem.*

TOMO IV.—*Juan, hermano de los pobres.*

El precio de los cuatro tomos es el de 160 rs., que los señores suscritores abonarán en ocho mensualidades correlativamente, recibiendo las obras, como hemos dicho, al hacer la suscripción.

Los pedidos á nombre de la autora, Navas, 24.

REPORT OF THE

COMMISSION

ON THE

PROCEEDINGS

OF THE

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de la Viuda ó Hjos de Cuesta, calle de Carretas; de D. Leopoldo Lopez, calle del Carmen; de los Sres. Medina y Navarro, calle del Arenal; y de Durán, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta ADMINISTRACION, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

